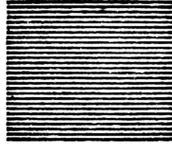
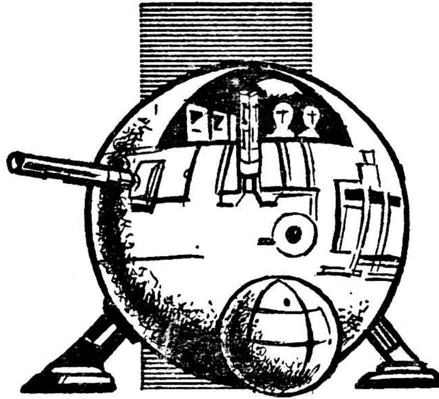

héroes del
ESPACIO
NOVELAS
ECSA
EL ARBOL DE ACERO
TREVOR SANDERS
SOLO PARA ADULTOS



héroes del

ESPACIO



ECSA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

66 — *Taxi espacial,* Trevor Sanders.
67 — *Condenado a vivir,* Elliot Dooley.
68 — *Extraña profecía,* Eric Sorenssen.
69 — *Devoradores de energía,* Law Space.
70 — *Mundo mutante,* Rocco Sarto.

TREVOR SANDERS

El árbol de acero

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.º 71
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 20.702-1981

Impreso en España Printed in Spain

1.ª edición: agosto, 1981

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPITULO PRIMERO

El capitán Rey Carley miró a través del visor tridimensional y vio la esfera azul de la Tierra en la que se dibujaba claramente el contorno de los continentes.

—Ya estamos de regreso —dijo—. En veinte minutos estaremos en casa.

—Ha sido un largo viaje —dijo Loma mientras se desperezaba en el colchón neumático.

Antes de que la nave entrara en la atmósfera, Carley abrió el frasco de Soñolenum y cogió dos cápsulas. Le entregó una a Lorna y se quedó con la otra.

—Cuando despertemos ya estaremos en la Tierra —dijo.

Carley se recostó en su colchón neumático e ingirió la pastilla. Cerró los ojos y aguardó que el Soñolenum surtiese efecto. Sabía que en unos pocos segundos sentiría los párpados muy pesados y una sensación de agradable felicidad, como si estuviese flotando en el aire.

Antes de quedarse dormido, el capitán Carley se volvió hacia Lorna y sintió que su cuerpo se estremecía por una sensación antes desconocida.

Desde que había partido de Beta-Centauro sentía esa extraña sensación cuando miraba a Lorna. Era como un deseo de acariciarla, de besarla, de palpar su cuerpo desnudo. Todas cosas repugnantes y severamente prohibidas por el gobierno central.

Y Rey Carley luchaba contra esa nueva sensación.

Sabía que eran repugnantes instintos que en épocas muy remotas dominaron a los bárbaros habitantes de la Tierra hasta que en el año 5316 se produjo la mutación tras la conquista del planeta por los seres superiores, por la nueva civilización.

Pero aún había otra cosa que a Rey le preocupaba.

No era sólo ese repugnante instinto sexual, heredado de sus antepasados el que había aflorado a partir del momento que llegó a Beta-Centauro.

También tenía deseos de comer suculentos manjares. Y, en su mente, había llegado a preferir esos horribles alimentos que comen los animales inferiores a las perfectas pastillas de Enerjol.

Eran deseos y pensamientos detestables e imperdonables.

Pero, sin embargo, a Rey Carley aquellos impulsos le producían sensaciones agradables y eso era lo que más le molestaba.

Antes de quedarse definitivamente dormido, Carley se preguntó qué sucedería cuando llegase a la Tierra.

¿Desaparecerían aquellas sensaciones?

En caso de que no fuese así, ¿descubrirían los robots-agentes del gobierno central sus repugnantes pensamientos?

Si llegaban a descubrirle, ¿qué harían con él?¿Le destruirían, lo aislarían o lo condenarían a vivir entre los animales inferiores?

Cualquiera de las tres soluciones era horrible y Carley no quería pensar en ninguna de ellas.

Pero desde 5316 hasta la fecha (el 27324), no había ningún precedente. Ningún ser superior había sufrido su extraña experiencia. Al menos, si había sucedido, el gobierno central

se había encargado de ocultarlo.

Cuando el sueño ya le estaba venciendo definitivamente, Carley levantó los párpados con gran esfuerzo y miró a Loma por última vez.

Al hacerlo, vio que ella también le miraba y que lo hacía con ojos ardorosos, con una mirada para él aún desconocida.

La muchacha estiró el brazo hacia él y le acarició la mano.

Carley sintió como si su piel hirviese por una extraña pasión y cogió la mano de la muchacha en el preciso instante en que su mente sucumbía al sueño.

Desde la cabina de control de la base interespacial de Dorsltat, RJ-2 observó a través de la pantalla el suave aterrizaje de la nave Xandra.

Los robots-computadoras habían dirigido con su habitual perfección la última fase del vuelo desde el momento en que la nave había entrado en la atmósfera.

Ahora le tocaría a él, en su función de comisario general de los robots-agentes, extraer toda la información que los dos cosmonautas habían conseguido en su viaje a Beta-Centauro.

Sin moverse de su asiento, RJ-2 vio cómo sus agentes llegaban en sus mononaves hasta la gigantesca Xandra y sacaban a los dos cosmonautas que aún dormían bajo ios efectos del Soñolenum.

—Tráiganles al centro de información —ordenó RJ- 2 mediante comunicación telepática.

Luego se puso de pie, desconectó el visor con su duro dedo de metal y se dirigió hacia el transportador aerodinámico, haciendo resonar a cada paso sus desgastadas articulaciones.

El ruido metálico de sus pasos resonó en el pasillo hasta que se introdujo en el transportador aerodinámico y unos segundos después estuvo en el centro de información.

Los dos cosmonautas habían sido despojados de sus ropas espaciales y yacían desnudos sobre las camillas electroestáticas.

—¿Está todo dispuesto? —preguntó RJ-2 a sus ayudantes.

—Sí. Sólo falta conectar el lector a la pantalla.

RJ-2 se acercó a una de las camillas y contempló el rostro dormido del capitán Carley.

Su expresión era impenetrable.

Sin embargo, RJ-2 creyó ver una extraña mueca en el rostro del capitán. Algo así como un leve movimiento de los labios que podía asemejarse a una sonrisa.

Pero aquello era imposible ya que los seres superiores nunca sonreían.

No tenían por qué sonreírse.

Preocupado por esta comprobación, RJ-2 colocó el casco de acero en la cabeza del capitán y conectó la clavija a la pantalla gigante.

Luego se instaló en la cabina dispuesta a visionar los sueños del capitán. Era la mejor forma de leer la mente de los humanos.

Mientras accionaba los mandos, RJ-2 pensó que aquel instrumento era uno de los principales medios de poder con que contaba el gobierno central. Con él, se podía llegar a conocer el pensamiento de todos los seres humanos. Era una forma de eliminar a los peligrosos y también a los defectuosos, capaces de contaminar a toda la población interestelar.

Después de regular el aparato sintonizador, RJ-2 recostó su metálica espalda contra el respaldo del asiento y observó atentamente la pantalla donde comenzaron a tomar forma las primeras imágenes.

Por primera vez en sus trescientos veintisiete años de vida (fecha en la que había sido construido), RJ-2 se sintió sorprendido y sobresaltado por las imágenes que estaba viendo en la pantalla.

Los cuerpos desnudos del capitán Carley y de Loma se revolcaban en el suelo de la nave besándose y acariciándose.

Aquello era repugnante e inadmisible entre los seres superiores o humanos.

Pero no había duda de que eso era lo que soñaba el capitán Carley en aquel momento.

RJ-2 podía ver en la pantalla cómo el cuerpo de Carley se contorsionaba rítmicamente sobre la muchacha mientras dejaba escapar gemidos y gritos de placer. RJ-2 nunca había visto a dos seres humanos hacer el amor pero en este caso no dudaba de que era eso lo que estaban haciendo. Lo había estudiado en los video libros dedicados a las costumbres de los seres inferiores.

Con su duro dedo metálico, el comisario general de los robots-agentes pulsó el interruptor y salió precipitadamente de la cabina.

Tendría que elevar un informe urgente al gobierno central sobre lo que acababa de comprobar. Era algo de una gravedad tal que justificaría incluso una reunión del consejo supremo.

Durante unos segundos, RJ-2 se detuvo a pensar las causas que podrían haber influido en la mente del capitán.

Seguramente era algo desconocido para él y para toda la nueva humanidad. Algo que tenía relación con la estrella Beta-Centauro cuya exploración nunca antes se había realizado.

Y si era así habría que actuar con prudencia y mucha rapidez.

Dirigiéndose a sus agentes subordinados, RJ-2 ordenó telepáticamente:

—Mantened a los cosmonautas aislados de todo contacto. Debe viajar de inmediato a Ulsar a informar al gobierno central.

Con toda la rapidez que sus metálicas piernas le permitían, RJ-2 salió del centro de información y se trasladó en el transportador aerodinámico hasta su pequeña nave ultrasónica.

La urgencia del caso requería la máxima rapidez y la nave ultrasónica le permitiría llegar a Ulsar en sólo unos pocos segundos.

CAPITULO II

El gran maestre enarcó las cejas y miró con sorpresa al comisario general de sus robots-agentes.

—¿Practicando esas bárbaras costumbres? ¿Está usted seguro?

—Completamente.

Enfundado en su manto imperial de valerio puro, el más valioso metal de la nueva era, el gran maestre se puso de pie con expresión preocupada.

RJ-2 le observó en silencio. La presencia del supremo magistrado del gobierno central le producía un enorme respeto. Su figura era venerada y temida no sólo por todos los seres humanos, sino también por todos los robots como él.

Una orden suya bastaría para movilizar a todo el ejército imperial interestelar y su poder se extendía hasta el más recóndito planeta de la galaxia.

—Lo que acaba de informar es algo muy serio, RJ- 2 —dijo el gran maestre—. Imagínese lo que sucedería si el capitán Carley y Loma contaminaran a otros seres humanos.

—Lo sé, gran maestre. En pocos años se produciría una involución y volveríamos a la época Pre-Imperial. —Es preciso investigar urgentemente la causa que trastornó al capitán y destruirla.

—No veo cómo vamos a hacerlo.

—Enviaré una nueva expedición a Beta-Centauro.

—Es un proyecto peligroso, gran maestre —dijo RJ- 2 sabiendo que se arriesgaba a desatar las iras del gran maestre—. Piense que podría correr los mismos riesgos con los nuevos expedicionarios.

El gran maestre lo miró con severidad.

Nunca un ser humano y, menos aún un robot, se había atrevido a poner en duda la viabilidad de sus proyectos.

Sin embargo, no reprendió la osadía de su comisario-general. Su argumentación era muy cierta.

—Es verdad —dijo el gran maestre—. Ya había pensado en eso y precisamente por ello enviaré un comando especial.

—¿Especial?

—Sí. Hombres ultra preparados. Su concepción en el laboratorio ha sido concebida para cosas de especial cuidado. Desde su nacimiento han estado prácticamente aislados y dedicados a prepararse para actuar en Ocasiones de emergencia.

—Pero ¿quién comandará la nave? Según tengo entendido ellos no tienen experiencia en la navegación aeroespacial.

—Ya lo he pensado. El capitán será Jonathan Curtis.

—¡Jonathan Curtis! Pensé que después de la última misión se le había retirado la licencia.

—Es verdad. Pero se la devolveré. Es nuestro mejor piloto aunque su conducta no esté de acuerdo con su rango. En este caso será controlado por el comando especial.

—¿Y la parte científica? —preguntó RJ-2.

—La llevará el profesor Gilles.

—Prepararé todo para el viaje. ¿Cuándo deben partir?

El gran maestre le señaló con el dedo.

—Usted también irá, RJ-2. Los robots no pueden verse influidos por las aberrantes costumbres de la vieja civilización.

—Como usted diga, gran maestre.

El gran maestre cogió una espada de valerio y se la extendió al robot.

—A partir de ahora y hasta el final de la misión llevará esta espada en representación del Imperio. Su poder será equiparable al de los seres superiores.

RJ-2 cogió la espada y se inclinó agradecido haciendo chirriar las articulaciones metálicas de su cintura.

—Ahora puede irse, RJ-2. Cite al capitán Curtis para que esta tarde se presente ante el consejo supremo.

El robot-ujier acompañó a RJ-2 por los pasillos concéntricos de la base interespacial de

Obur. La espada de valerio relucía en la cintura del comisario general imponiendo respeto.

Cuando llevaba aquel símbolo, podía dar órdenes a un ser superior y debía ser obedecido por él. Incluso podía llegar a obligar por la fuerza a un ser humano en caso de que fuese necesario.

Finalmente se detuvieron frente a una puerta metálica y el robot-ujier apretó el botón del intertelevideo.

—El comisario general ha venido a verle, señor Curtis —dijo el ujier.

—Ahora no puedo recibirlo —contestó Curtis—. Estoy dándome un masaje de amebas.

—Viene investido con los poderes imperiales —dijo el ujier.

En el interior de la habitación, Jonathan Curtis estiró un brazo y sintonizó el visor.

A través de la minipantalla vio la figura de RJ-2 con la espada de valerio y se sobresaltó.

Algo muy grave debía suceder para que el gran maestre invistiese a un robot con la espada.

—Muy bien —dijo—. Enseguida lo hago pasar.

Suspendiendo de mala gana el masaje de amebas, el capitán Curtis se vistió rápidamente y accionó el mecanismo fotostático que permitía el movimiento de la puerta.

RJ-2 avanzó hacia él y le examinó con severidad. Jonathan Curtis era un hombre alto y hermoso. Sus cabellos eran rubios y rizados.

Tenía los ojos violetas y una mirada inteligente.

Seguramente había sido concebido en el laboratorio de Ulsar, el mejor centro de incubación de la galaxia.

Sin embargo, RJ-2 no le tenía especial simpatía.

Sabía que el capitán Jonathan Curtis, pese a ser el mejor piloto de la galaxia era uno de los seres superiores arrogantes y atrevidos que no dudarían en desafiar hasta al mismísimo gobierno central.

Un sujeto peligroso que él habría querido investigar con sus instrumentos lectores para saber qué urdía su mente.

Lamentablemente para RJ-2 esta investigación no le había sido permitida por tratarse el capitán Curtis de una de las piezas claves del ejército imperial.

—¿Qué se le ofrece, comisario? —preguntó Curtis con su acostumbrada arrogancia.

RJ-2 acarició la espada con sus metálicos dedos y dijo:

—Debe acompañarme al palacio imperial. Tendrá que asistir a una reunión extraordinaria del consejo supremo.

—No formo parte de ese consejo. No veo por qué voy a ir…

—Es una orden del gran maestre.

—Creí que se me había licenciado.

—Eso pensaba yo también. Pero el gran maestre ha decidido volver a contar con sus servicios.

—¿Y para qué?

—Eso ya lo sabrá a su debido tiempo.

Jonathan se encogió de hombros y siguió al robot- comisario hasta la nave biplaza.

* * *

Cuando Jonathan Curtis entró en la gran sala ovoide situada más de cien metros bajo tierra, ¡os concejales del gobierno central estaban sentados alrededor de una mesa circular.

Acompañado por el robot-ujier del palacio, Jonathan se dirigió hacia unas butacas neumáticas y se dejó caer en ella mientras su mirada recorría los rostros impenetrables de los doce concejales.

Era la primera vez que pisaba aquella sala y cualquier otro ser humano se habría sentido emocionado y orgulloso por un momento como aquél.

Sin embargo, Jonathan Curtis no sentía ninguna emoción especial.

Sabía que a la sala de juntas sólo tenían acceso los concejales y el gran maestre y los pocos seres humanos que lo habían hecho, llamados por algún motivo urgente y muy especial, hablarían luego toda la vida con orgullo y satisfacción de aquel momento.

Pero ése no era el carácter de Jonathan Curtis y precisamente por eso se diferenciaba de la mayoría de los seres humanos.

Después de unos segundos de absoluto silencio, el robot-ujier pronunció unas palabras rituales y declaró abierta la sesión.

Entonces se abrió una compuerta del techo y el gran maestre apareció en el transportador aerodinámico que lo situó en el estrado superior, dominando con su mirada al resto del

consejo.

Iba envuelto en su manto imperial y su silueta resultaba impresionante y sobrecogedora.

—Los he citado a esta reunión extraordinaria para informarles que un grave peligro se cierne sobre nuestra civilización —dijo el gran maestre con voz grave— Los dos cosmonautas que han regresado de Beta-Centauro han sufrido una extraña influencia que los ha retrotraído al oscuro y repugnante pasado de la civilización precedente.

Los doce concejales se miraron entre sí con el semblante cargado de preocupación.

Jonathan Curtis no se inmutó en lo más mínimo. Permaneció inmóvil en la butaca mirando al gran maestre con expresión indiferente.

El gran maestre continuó:

—Nuestros agentes-robots han detectado en la mente de los cosmonautas la nociva idea del amor, de las repugnantes relaciones sexuales, de la golosidad, de los celos, de la ambición, de los sentimientos y de todo aquello que caracterizó a la época preimperial y que hoy en día sólo afecta a los animales inferiores.

—Imagínense ustedes qué sucedería si esas ideas, esos sentimientos, esas perversiones se propagasen entre los seres humanos de nuestro Imperio-galaxia.

—Conque una sola de estas antiguas prácticas renaciese en el espíritu de los seres humanos nuestra perfecta civilización comenzaría a derrumbarse. Sólo con que prosperasen las repugnantes relaciones sexuales proliferarían los seres humanos concebidos fuera del laboratorio sin ningún tipo de programación que anulase todos sus vicios y sentimientos. Sería nuestro fin. Nuestra perdición.

Los concejales escucharon absortos las palabras del gran maestre y luego se escuchó un murmullo de preocupación.

—Hay que evitarlo de cualquier manera —dijo uno de ellos.

—Aislar a los contaminados.

—Eliminarlos.

El gran maestre alzó las manos pidiendo silencio.

—Esas medidas ya han sido tomadas pero son insuficientes. Los dos cosmonautas están recibiendo un cuidadoso lavado de cerebro para borrar toda reminiscencia del pasado. Pero ¿quién nos asegura que esto no se volverá a repetir?

—Es verdad —dijo el concejal Dos—. Hay que extirpar la causa.

—Y para ello hay que enviar una expedición especial y ultrasecreta a Beta-Centauro. Esta expedición deberá investigar las causas que provocaron el trastorno y hacerla desaparecer.

En la sala se escuchó un murmullo de aprobación.

—Precisamente por eso —agregó el gran maestre— he citado aquí al capitán Jonathan Curtis. El será el comandante de esta nueva y peligrosa misión.

Jonathan Curtis levantó la vista y miró al gran maestre. Su rostro continuaba tan inexpresivo como al empezar la sesión.

Sin embargo, el capitán se preguntaba por qué le habrían elegido precisamente a él.

Nunca antes había estado en Beta-Centauro, la estrella más lejana del Imperio-galaxia y que según detectaban los robots-computadoras estaba deshabitada y no tenía ninguna riqueza digna de interés.

—¿Tiene algo que preguntar, capitán Curtis? —dijo el gran maestre.

—No. Sólo quisiera saber cuándo debo partir y quiénes compondrán la tripulación.

—Partirá mañana mismo. Con usted viajará el profesor Gilles, la doctora Tezila y cuatro miembros de los comandos especiales.

Jonathan asintió. Luego dijo:

—Supongo que llevaré el mando de la expedición.

—Sí, pero deberá contar con el asesoramiento de RJ-2. El también formará parte de la expedición.

Por primera vez en toda la sesión, Jonathan dejó traslucir una expresión y ésta era de disgusto.

—¿Un robot? ¿Desde cuándo los robots tienen los privilegios de los seres humanos?

—No vuelva a hablarme en ese tono —dijo el gran maestre al tiempo que lo miraba con severidad.

—Disculpe, gran maestre —dijo Jonathan—. No era mi intención molestarle. Sólo que me sorprendió el nombramiento de ese robot con una jerarquía superior a la mía.

—Es una decisión justificada, Curtis. Los robots son los únicos que no corren peligro de contaminación. ¿Ahora lo entiende?

Curtis asintió, aunque no por ello cambió su expresión de profundo desagrado.

—Si no hay nada más que preguntar, se levanta la sesión —dijo el gran maestre.

Los doce concejales se pusieron de pie y seguidos de Jonathan Curtis salieron de la sala dirigiéndose al elevador aerodinámico que los devolvería a la parte superior del palacio.

CAPITULO III

Estaba amaneciendo cuando el capitán Curtis llegó a los hangares de la base del ejército imperial.

El hangar ocupaba varios kilómetros de extensión y estaba ocupado por miles de naves de distintos tamaños y formas.

Las naves se alineaban en largas hileras de plataformas y todas ellas contaban con el más moderno armamento que se pudiese pedir. Ese armamento que permitía al Imperio mantener su dominio sobre el resto de la galaxia.

Jonathan Curtis estaba acostumbrado a andar entre los hangares. Durante sus ocho años de servicio en el ejército imperial había tenido oportunidad de conducir toda la gama de naves con que contaba el Imperio.

Para aquella oportunidad, Jonathan había elegido la *Olympus*. Era una nave pequeña pero capaz de desarrollar una velocidad que le permitía recorrer veinte mil años luz en sólo dos semanas de vuelo.

Como Beta-Centauro estaba a casi cuarenta mil años luz, Jonathan calculaba demorar algo menos de cuatro semanas.

Cuando llegó junto a la *Olympus* los cuatro integrantes de la tripulación le estaban esperando.

Jonathan les saludó con una inclinación de cabeza y se dirigió a RJ-2.

—¿Está todo listo?

—Sí, capitán. Sólo le esperábamos a usted.

Jonathan se volvió entonces hacia los otros tripulantes y los observó detenidamente.

Al profesor Gilles ya lo conocía.

Era un hombre ya anciano, de unos ciento treinta años.

Le quedarían a lo sumo diez o veinte años de vida pero su mente continuaba tan lúcida como en su plenitud.

Era, además, un científico eminente y gozaba de gran consideración en todo el Imperio.

La doctora Tezila era una mujer joven, de unos treinta y cinco años y muy hermosa.

Sus cabellos eran rubios y sus ojos intensamente negros.

Vestía un pantalón azul muy ajustado que traslucía las mórbidas formas de un cuerpo perfectamente proporcionado.

Sin embargo, esto poco importaba a los seres humanos que no prestaban la menor atención a las formas físicas.

Los cuatro integrantes del comando especial eran seres increíblemente sobrios y de semblante severo.

Sus cabezas estaban rapadas casi al cero y llevaban un ajustado traje de tela antiláser ceñido al cuerpo.

Colgado a sus cinturas, tenían un cinturón-canana con pistolas láser y bombas disolventes.

El capitán Curtis sentía tina cierta antipatía por estos cuatro comandos ultrapreparados. Los consideraba seres fanáticos e incapaces de gozar los verdaderos placeres de la vida como podía ser un buen masaje de medusa o una cápsula de Alucinol para las largas noches de invierno.

Después de que RJ-2 diera las últimas instrucciones a los técnicos-robots, Jonathan Curtis abrió la portezuela de la nave activando para ello el eje-fotónico.

—Ya podéis ir subiendo —dijo—, partiremos en cinco minutos.

Los tripulantes se situaron en sus puestos y el capitán tomó asiento en la cabina de mando. A su lado se sentó RJ-2 dispuesto a asistirle en el despegue.

Curtis accionó los mandos y la nave salió del hangar situándose en la plataforma móvil desde la cual serían impulsados.

—Todo listo para partir —dijo el capitán a la base de control.

Después de recibir los últimos datos de los robots- computadoras, Jonathan apretó el disparador.

Los nueve cohetes de ultrapropulsión atómica se pusieron en funcionamiento y la *Olympus* se elevó a una velocidad vertiginosa.

Cuando la nave atravesó la atmósfera terrestre, Jonathan conectó el piloto-computadora y abandonó la cabina dirigiéndose a la sala dormitorio.

La doctora Tezila, el profesor Gilles y los cuatro comandos flotaban en el líquido isotérmico, durmiendo profundamente.

Jonathan tomó una cápsula de Alucinol y se sumergió él también en el líquido.

Durante las tres semanas siguientes no había nada que hacer salvo dormir.

Los robots-computadoras se encargarían de corregir el rumbo de la nave hasta las proximidades de Beta-Centauro.

Recién en esta última fase del vuelo él tendría que volver a tomar los mandos para el aterrizaje.

Y para ese entonces, RJ-2 se encargaría de despertarle.

Beta-Centauro era un planeta oscuro, pequeño.

Una estrella olvidada entre las miles de estrellas que componían la galaxia.

El imperio nunca se había ocupado de ella pues todos los informes de las computadoras decían que no había nada digno de atención.

Recién en aquel año, el 27324, se había enviado la primera expedición para recabar datos científicos sobre su subsuelo.

Aquella expedición, la del capitán Carley, había arrojado resultados tan sorprendentes como inesperados.

Ahora, el capitán Jonathan Curtis, podía observar la oscura superficie del planeta al que se acercaban a una velocidad vertiginosa.

Le veía en la colección de pantallas que cubrían una amplia pared de la sala.

—Dentro de veintiséis minutos tomaremos tierra —informó RJ-2 después de verificar los datos en la computadora.

—Avisa a los demás tripulantes. Que estén todos preparados para el aterrizaje.

RJ-2 salió de la sala y Jonathan se dirigió a la cabina de mandos.

Mientras observaba el pequeño planeta a través de los gruesos cristales panorámicos de la cabina, pensó que aquél podía resultar un viaje interesante.

Tenía el presentimiento, la extraña sensación de que algo iba a suceder en aquel pequeño planeta.

Algo completamente desconocido y jamás imaginado por ningún ser humano de la Nueva Era.

Y esa idea le excitaba y le atraía.

También en ese Jonathan se sentía diferente a los otros seres humanos.

El era un ser curioso y dispuesto siempre a nuevas experiencias, mientras que sus semejantes preferían la vida rutinaria que les imponía el gobierno central para mantenerlos sometidos.

Mientras pensaba en estas cosas. Jonathan desactivó el piloto-computadora y dirigió la nave hacia el llamado Desierto Verde que era la superficie más apropiada para el aterrizaje.

Diecisiete minutos después y con una precisión milimétrica, la *Olympus* se posó suavemente en la superficie más plana del Desierto Verde.

CAPITULO IV

Habían recorrido miles de kilómetros en los deslizadores sin encontrar nada interesante.

Beta-Centauro parecía dar la razón a los robots-computadoras de la Tierra que pronosticaban un planeta muerto, rocoso, lleno de cráteres.

Jonathan Curtis se sentía decepcionado.

Había esperado experimentar nuevas sensaciones, vivir aventuras insospechadas.

Pero, poco a poco, mientras avanzaban vertiginosamente en su deslizador por la árida superficie del planeta, iba perdiendo las esperanzas de algún hallazgo inesperado.

«Las computadoras no se equivocan nunca», pensó al recordar las video-lecciones que había estudiado en la universidad espacial de cosmonáutica.

Sentía la misma sensación de desolación que debían haber sentido los Proto-seres-humanos en los albores de la época preimperial cuando allá por el año 1968 Antes de la Nueva Era habían llegado a una Luna deshabitada.

Siempre se había admirado Jonathan de que sus bárbaros antepasados hubiesen demorado casi dos mil años en llegar al satélite de la Tierra y tampoco entendía cómo podían considerarlo una hazaña.

En la actualidad apenas se demoraban cinco minutos en llegar a la Luna que, a diferencia de la época preimperial, estaba superpoblada con una densidad casi mayor a la de la Tierra.

Llegaría un día en que también Beta-Centauro debería ser poblada para dar cabida a una población galáctica cada vez más numerosa.

Mientras se sumía en estos pensamientos, Jonathan Curtis controlaba los indicadores que tenía adosados en el tablero de instrumentos del pequeño deslizador.

Los instrumentos le indicaban la densidad de la atmósfera centauriana —muy similar a la de la Tierra—, la composición del suelo, la presencia de metales, etc.

Sin embargo, hasta aquel momento no habían registrado ningún indicio digno de mención.

Los ocho deslizadores iban en fila india siguiendo el mismo itinerario que debieron seguir el capitán Carley y Loma en la expedición anterior.

De esa forma esperaban encontrar algún indicio de aquello que les había trastornado.

Estaba promediando la tarde centauriana cuando Jonathan se detuvo frente al Cráter Mayor.

Era el más ancho y profundo que había en todo el planeta. Su circunferencia era de varios kilómetros y su profundidad de unos mil doscientos metros.

Al menos ésos eran los datos que le habían proporcionado los robots-computadoras antes de iniciar la expedición.

Jonathan pulsó el botón elevador y el deslizador se despegó suavemente del suelo, sobrevolando lentamente la negra boca del cráter.

Los otros siete deslizadores le siguieron.

Cuando llegó al centro de la circunferencia, Jonathan oyó el pitido del detector de metales.

Era la primera señal alentadora.

Los robots-computadoras siempre habían negado la existencia de metales en Beta-Centauro.

Aquel pitido indicaba que algo había escapado a sus conocimientos siempre infalibles.

Jonathan conectó el transmisor y dijo:

—Mis instrumentos señalan la presencia de metales en el fondo del cráter.

—Los míos también —dijo el profesor Gilles—. Habría que descender para comprobarlo.

El capitán accionó los mandos y el deslizador inició el descenso hacia el fondo del cráter seguido del resto de los expedicionarios.

La oscuridad era cada vez más profunda y Jonathan encendió los potentes focos del deslizador para poder maniobrar y no estrellarse contra las paredes laterales.

A medida que descendían la circunferencia del cráter se iba estrechando para terminar en un tubo de unos cien metros de diámetro.

Más que un cráter era una especie de embudo recubierto de piedra que se abría paso hacia el centro del subsuelo centauro.

Guando llevaban recorridos casi mil metros, Jonathan divisó a lo lejos una rendija de luz natural y se sobresaltó.

¿Cómo podía haber luz natural a mil metros bajo la superficie?
Sin embargo, era así. Los ocho deslizadores recorrieron los últimos doscientos metros y traspusieron la boca del embudo para salir a un amplio valle lleno de verdor e iluminado por extrañas radiaciones que parecían provenir de un sol invisible.
Cuando saltaron de sus deslizadores, los ocho expedicionarios no podían creer lo que estaban viendo.
Ante ellos se abría un amplio valle lleno de vida. Arboles, plantas, abundantes y diversa vegetación. También había un río que corría en medio del bosque entre cascadas de piedra.
Era un paisaje idílico y para ellos desconocido.
—¿Qué significa esto, profesor? —preguntó Jonathan que no salía de su asombro.
—Vida. Vida en su forma más primitiva. Al menos vida vegetal y muy probablemente también vida animal.
—Pero los robots-computadoras afirmaban...
—Esta vez se han equivocado. Piensa que este valle está a mil quinientos metros bajo la superficie. Eso puede haberlos confundido.
RJ-2 se dirigió al profesor:
—Habrá que regresar a la nave e informar al gobierno central.
—No podemos informar hasta que no sepamos lo que vamos a encontrar. Primero inspeccionaremos y luego haremos el informe.
—Es un descubrimiento muy importante que debería ser transmitido de inmediato.
—Haz lo que quieras. Nosotros nos quedaremos a investigar. Aún no conocemos las causas que trastornaron al capitán Carley y a la muchacha.
—Está bien. Iré con vosotros.
El capitán Curtis cogió el detector de metales y seguido por el resto de los expedicionarios se internó en el bosque.
Los árboles formaban un amplio círculo y la vegetación era frondosa y de un verde muy intenso.
El profesor Gilles se detuvo a inspeccionar unas plantas.
—No entiendo cómo pueden desarrollarse así —dijo Jonathan—. Aquí no hay robots-jardineros.
—No es necesario que los haya —respondió el profesor cuyos conocimientos eran vastísimos—. Estas plantas son naturales.
—¿Naturales? No entiendo.
—Nacen y se desarrollan solas. No son fabricadas en laboratorios por los seres humanos. En épocas muy remotas, antes de la Nueva Era, antes del Imperio Galáctico, los seres vivos se fecundaban y nacían naturalmente. Es algo muy difícil de entender para nosotros.
—¿También los seres humanos?
—Sí, también ellos.
Jonathan iba a hacer una nueva pregunta cuando notó que el detector de metales aumentaba la intensidad de sus pitidos.
Avanzó rápidamente en la dirección indicada y divisó a lo lejos un árbol que se diferenciaba de todos los demás.
Tenía forma de pino y su color era plateado lanzando por sus ramas unos destellos muy tenues.
Los ocho expedicionarios se detuvieron azorados frente al árbol, mientras los detectores de metales zumbaban estridentemente.
—Es un árbol de metal —dijo la doctora Tezila.—¿De qué clase? —preguntó RJ-2—. Los instrumentos no indican ningún metal conocido.
El profesor Gilles cogió una de las hojas y la examinó detenidamente.
—Es acero —dijo—. Un metal casi inexistente hoy en día. Antiguamente se fabricaba por aleación de hierro y carbono.
—¿Quién lo habrá traído aquí? —preguntó la doctora Tezila.
—No lo sé. Lo que es evidente es que es el único elemento no natural que hemos encontrado. Alguien tiene que haberlo hecho.
De pronto los destellos que irradiaba el árbol comenzaron a hacerse cada vez más intensos, enceguecedores.
Jonathan sintió que la cabeza comenzaba a darle vueltas y las piernas se le aflojaron.
Quiso decir algo a sus compañeros pero vio como estos comenzaban a derrumbarse y él también se dejó caer hundiéndose en el oscuro abismo de la inconsciencia.
Poco a poco, ante su mente dormida fueron desfilando las imágenes de un mundo

desconocido.

Se vio a sí mismo de pequeño, supo por primera vez lo que era una madre, conoció el amor, las mujeres hermosas, los vicios, los pecados, los sentimientos. La bondad y la maldad, la esperanza, el recelo, la ambición, el poder.

Conoció todo lo que eran los placeres, los vicios, las virtudes y defectos de una vida pasada.

Y en su mente, como si fuese un libro en blanco, quedaron impresas las vivencias de un mundo que no había vivido.

CAPITULO V

Cuando despertó, el capitán Jonathan Curtis estaba fuera del cráter.

RJ-2, el único que no había sufrido los efectos de las radiaciones del árbol, los había sacado uno a uno en los deslizadores y los había transportado hasta la superficie.

Al igual que el resto de los seres humanos que componían la expedición, se hallaba tendido sobre la árida superficie del Desierto Verde, en un lugar próximo a la nave.

Al abrir los ojos, la primera mirada del capitán fue para la doctora Tezila que yacía a su lado.

Por primera vez, Jonathan miró con interés las curvilíneas formas y la morbidez del cuerpo de la doctora.

Sintió una nueva, una agradable sensación de estre- mecimiento que recoma su piel.

Entonces recordó lo que había soñado bajo los efectos de las radiaciones del árbol de acero y le pareció que todo aquello lo había vivido en una época muy remota.

Uno a uno los expedicionarios fueron recobrando el conocimiento. Jonathan estudió sus semblantes preguntándose si ellos también habrían vivido su misma experiencia.

En los ojos de la doctora Tezila y en los del profesor Gilles percibió una mirada extraña, sugestiva, que le permitía suponer que ellos también habían sufrido la transformación.

En cambio, los comandos especiales permanecían tan inmutables como siempre.

Jonathan se puso de pie lentamente y ayudó a incorporarse a la doctora Tezila.

Sintió su mano caliente y la intensidad de su mirada. Una mirada que ahora le parecía seductora, hasta provocativa.

—He tenido un sueño muy extraño —dijo el capitán—. Jamás había soñado algo igual. Ni siquiera con el Alucionol.

—Yo también —dijo ella ruborizándose por primera vez en su vida—. Ha sido una experiencia... maravillosa.

El profesor Gilles se acercó a ellos.

—Ahora ya conocemos la causa del trastorno del capitán Carley, ¿verdad?

—¿Usted también lo ha soñado, profesor?

—Claro. Cuando vi el árbol supuse en seguida que era el causante.

—¿Cómo lo explica? —preguntó Jonathan.

—Aún no tengo una teoría clara. Aunque sí ciertas sospechas.

Jonathan enarcó las cejas, interrogante.

—¿Qué sospecha?

—El árbol de acero no es un árbol sino una máquina programada para un sueño vivido de un mundo lejano y que una vez existió.

—¿Y por qué un árbol? ¿Por qué esa forma?

—El árbol era, en épocas remotas, un símbolo de la vida. Quien haya fabricado el árbol de acero quiso simbolizar en él la vida de un mundo ya inexistente.

Jonathan meditó un instante asombrado por las rápidas conclusiones del profesor.

—¿Qué vamos a hacer con él ahora? —preguntó la doctora Tezila.

—Si nos atenemos a las órdenes del gobierno central tenemos que destruirlo —dijo Jonathan—. Eso depende de nosotros.

—El árbol es ahora lo de menos —dijo el profesor—. Lo importante es que nosotros somos ahora los portadores de toda su información.

—No lo entiendo —dijo la doctora.

—Sea quien sea el que creó esa máquina lo hizo para que transmitiera una forma de vida a unos seres humanos que serían los encargados de crear una nueva civilización.

—¿Una nueva civilización? —preguntó Jonathan—. Más bien sería una vieja civilización.

—No. Esta nueva civilización estaría conjugada con los sentimientos y los valores de la época preimperial y los conocimientos científicos de la Nueva Era.

Jonathan asintió cada vez más impresionado por la lucidez del viejo profesor.

En ese momento se abrieron las compuertas de la nave y apareció RJ-2. Llevaba en sus metálicas manos varias bombas disolventes que trasladó a uno de los deslizadores.

—¿Qué piensa hacer, comisario? —preguntó Jonathan.

—Voy a destruir el árbol.
—Yo no he ordenado eso.
—Ya no hay duda de que es el causante de los trastornos. Mientras dormíais os apliqué la máquina lectora.
Jonathan dejó escapar una exclamación de indignación.
—¡Maldito robot! ¿Quién te autorizó a leer nuestros sueños?
—Recuerde, capitán, que yo también estoy al mando de esta expedición.
—Pero en calidad de asesor mío. No para tomar órdenes sin mi consentimiento.
El robot-comisario movió negativamente la cabeza haciendo resonar su cuello de metal.
—El gran maestre me autorizó a tomar el mando en caso de que usted se viese contaminado.
—¿Y piensa que alguien le va a respaldar?
RJ-2 señaló hacia los cuatro comandos especiales que permanecían inmutables junto a los deslizadores.
—Ellos están conmigo, capitán. Es mejor que no intente resistirse o nos veríamos obligados a hacer uso de la fuerza. Sería algo muy desagradable.
Jonathan miró a los cuatro comandos y luego se volvió al profesor Gilles, interrogándole con la mirada. No entendía por qué los cuatro comandos apoyaban a un robot frente a un ser humano.
—Ellos no han sufrido la influencia del árbol —dijo el profesor en voz baja—. Son autómatas y sus mentes no son receptivas. Están programados desde la fecundación para defender exclusivamente al gobierno central.
El capitán se llevó una mano al cinto intentando extraer su pistola de rayos, pero el profesor le detuvo.
—No haga locuras, Curtis —dijo—. Recuerde lo que le he dicho. La destrucción del árbol es ahora lo de menos.
Jonathan dudó un instante y finalmente asintió.
—Está bien —dijo—. Quizá tenga usted razón, profesor.
RJ-2 terminó de cargar las bombas disolventes en el deslizador y se dirigió a los comandos.
—Uno y Cuatro, me acompañaréis a destruir el árbol. Dos y Tres os quedaréis custodiando a los prisioneros.
Dos y Tres sacaron las pistolas láser y apuntaron al capitán Jonathan.
—¿Me detiene, comisario? —preguntó Jonathan al verse encañonado.
—Lo siento, capitán. Debo asegurarme de que no intentará ninguna locura. El consejo supremo resolverá a nuestro regreso a la Tierra.
—Siempre ha esperado este momento, RJ-2. Tiene usted un gran resentimiento contra los seres humanos.
El robot comisario no respondió. Subió al deslizador y dando una orden a los comandos Uno y Cuatro, partió raudamente en dirección al Cráter Mayor. Los tres deslizadores se posaron suavemente en el interior del cráter.
RJ-2 cogió las bombas disolventes y seguido por los dos comandos avanzó hacia la profundidad del bosque.
Quería acabar cuanto antes con aquel misterioso artefacto y regresar de inmediato a la Tierra dónde el gran maestre seguramente te condecoraría.
Sería el primer robot que recibiera tal distinción.
Cuando llegaron junto al árbol de acero RJ-2 colocó las bombas disolvente y retrocedió unos metros.
Una luz blanquecina se elevó al cielo refulgiendo con destellos enceguecedores.
RJ-2, a quien la luz no le dañaba como a los seres humanos, aguardó a que cesaran los efectos de las bombas y comprobó que el árbol había desaparecido.
-—Misión cumplida —dijo, volviéndose hacia los dos comandos que aún se cubrían los ojos con las manos—. Podemos regresar a la nave.
Los dos comandos asintieron y siguieron al robot- comisario hasta los deslizadores.
Unos segundos después se introducían por la punta del embudo de piedra y emergían hacia el exterior del cráter.
Cuando llegaron junto a la *Olympus* los tres prisioneros habían sido envueltos en un campo protector y permanecían inmóviles bajo la atente mirada de tos comandos.
RJ-2 sacó la pistola láser y apuntó hacia ellos. Luego ordenó a uno de tos comandos.
—Desactivad el campo. Ya podemos regresar a la Tierra. El comando Tres desactivó el campo y los prisioneros fueron conducidos al interior de la nave.

—Algún día pagará todo esto, RJ-2 —dijo Jonathan—. Le puedo asegurar que me alegraré cuando le vea convertido en un montón de chatarra.

—No creo que pueda llegar ese día —respondió el robot con su voz metálica—. El consejo los condenará.

—¿Qué piensa proponer, comisario? ¿Un lavado de cerebro, como al capitán Carley?

—Eso lo sabrá a su debido tiempo. Ahora active de una vez los motores.

Jonathan accionó los mandos y la nave se elevó vertiginosamente en dirección a la Tierra.

CAPITULO VI

Las diminutas naves habían surgido en las profundidades del vado y se acercaban a toda velocidad a la *Olympus* formando un círculo envolvente.

Eran como puntos luminosos en el espacio que se movían zigzagueantes al tiempo que emitían titilantes destellos.

El capitán Curtis fue el primero en verlos.

Minutos antes había detectado su presencia en el radar pero había pensado que eran naves del Imperio.

Ahora, viéndolas a través del visor panorámico de cristal graduado, comenzaba a sospechar que se había equivocado.

En sus largos años de experiencia como piloto del ejército imperial, había podido distinguir en un abrir y cerrar de ojos a una formación del Imperio.

Conocía lo suficiente los tipos de nave que utilizaban como para poder afirmar con toda certeza que aquéllas no formaban parte de la flota imperial.

Entonces, si aquellas naves no pertenecían al ejército imperial ¿a quién podían pertenecer?

En toda la galaxia sólo el ejército imperial poseía naves de guerra capaces de desarrollar aquellas velocidades.

Y aquéllas eran naves de guerra y avanzaban a una velocidad muy superior a cualquier nave comercial.

Sólo el otro imperio, el de la lejana galaxia de Ubruck, podía tener naves de ese tipo.

Pero Ubruck quedaba demasiado lejos y la guerra entre los dos imperios había terminado hacía ya cuatro siglos.

Actualmente los dos imperios se temían y respetaban sin que ninguno se atreviese a intentar romper el equilibrio.

Mientras Jonathan pensaba estas cosas las naves continuaron acercándose en un perfecto semicírculo.

Jonathan se puso de pie y abandonó el visor panorámico para dirigirse a la sala posterior donde RJ-2 controlaba a los otros tripulantes.

—Se acerca una formación de naves extrañas —dijo el capitán encarándose con el robot-comisario.

—¿Naves extrañas? ¿Qué quiere decir? Aquí sólo pueden llegar las naves del ejército imperial.

—Estas no son del ejército imperial.

—Entonces será alguna nave comercial.

—No. Es una flota de guerra.

—¡Imposible! —exclamó el robot-comisario con estridente y metálica voz—. Si son de guerra tienen que ser del ejército imperial.

Jonathan negó con un movimiento de cabeza.

En cierto sentido se sentía satisfecho ante la preocupación del comisario.

—Conozco las naves del Imperio como la palma de mi mano. Estos son aparatos extraños. ¿Por qué no me acompaña y lo ve con sus propios ojos?

El comisario se puso de pie haciendo chirriar sus articulaciones metálicas y siguió a Jonathan por el pasillo.

—Espero que no sea una estratagema, capitán. Le costaría demasiado caro.

—No voy a intentar nada contra usted, si es eso lo que teme. Entre en la cabina y lo verá usted mismo.

RJ-2 accionó el ojo fotónico y la compuerta de seguridad se abrió, franqueándoles el paso.

Jonathan entró seguido del comisario y graduó la pantalla del visor panorámico.

Ante los atónitos ojos del robot-comisario aparecieron las naves de guerra cuyas siluetas se distinguían cada vez más claramente.

—¿Quiénes pueden ser? —preguntó RJ-2.

—No lo sé. Quizá pertenezcan al imperio de Ubruck.

—¡Imposible! —volvió a exclamar el robot—. No estamos en guerra con Ubruck.

—Entonces, ¿cuál es su explicación?

—No lo sé... No entiendo... ¿Está seguro de que no son de nuestro ejército?
—Completamente. De eso no tengo la más mínima duda.
RJ-2 consultó el radar y luego el robot-computadora.
Según los datos de este último pudo calcular que en menos de tres minutos las naves les habrían alcanzado.
—Hay que hacer algo —dijo RJ-2—. Intentar eludirles, escapar. Nuestra nave es más veloz.
—Quizá podamos conseguirlo, pero antes sería mejor intentar comunicarnos con ellos.
—¿Para qué?
—Antes de huir habría que saber qué pretenden. Es probable que no tengan intenciones de atacarnos.
RJ-2 asintió y Jonathan conectó la radio satélite.. Sintonizó la antena en la dirección apropiada y dijo:
—Aquí el capitán Jonathan Curtis, a bordo de la *Olympus*, en misión oficial del ejército imperial. ¡Identifíquense!
Al cabo de unos instantes por el receptor de la radio se escuchó una voz con claro acento ubruckiano y que les hablaba con severidad y tono amenazante.
—Les habla el comandante Xenofrón del imperio de Ubruck. Entréguense sin oponer resistencia y vuestras vidas serán respetadas.
—Estamos en nuestro espacio galáctico. No tenemos por qué entregarnos.
Por medio del receptor, Curtis escuchó una carcajada que le hizo estremecer. Luego se oyó nuevamente la voz del comandante del ejército ubruckiano.
—¿Aún no sabéis que se ha declarado la guerra? Dentro de muy poco vuestro imperio será destruido y esta galaxia pasará a formar parte de Ubruck.
Jonathan se estremeció.
La noticia de la guerra entre los dos grandes imperios galácticos lo tomaba por sorpresa.
Sabía lo que significaba ser detenidos por los ubruckianos y prefería enfrentarse mil veces al consejo supremo del Imperio antes de dejarse coger por aquéllos.
La voz de Xenofrón volvió a escucharse a través de la radio.
—Tenéis treinta segundos para decidirse. De lo contrario dispararemos.
Jonathan miró al robot-comisario que permanecía a su lado mudo de asombro.
—Así que estalló la guerra —dijo el robot después de un momento—. Era lo que menos me esperaba.
—No es el momento para lamentaciones, RJ-2 —dijo Jonathan—. Usted y yo no nos tenemos simpatía pero es hora de postergar nuestras diferencias personales y pensar una rápida solución.
—De acuerdo, capitán —dijo el robot que por primera vez se mostraba flexible—. Si consigue romper el cerco intentaré que la sentencia del consejo supremo sea lo más suave posible.
—Veré qué puedo hacer para burlarles.
Jonathan volvió a conectar el visor panorámico y observó la formación enemiga que continuaba avanzando en dirección a ellos.
Contó las naves.
Eran más de cincuenta y estaban todas ellas provistas de disparadores lanzarrayos.
Iba a resultar difícil escapar pero lo intentaría.
Se sentó frente a los mandos y desconectó el piloto- computador. Luego se volvió al robot-comisario y dijo:
—Avise a 1a tripulación que se traslade a la cámara de seguridad.
RJ-2 salió de la cabina y un instante después se volvió a escuchar la voz del comandante Xenofrón.
—Ha transcurrido el plazo. Si no responden de inmediato daré orden de ataque.
Jonathan no respondió.
Accionó los mandos con rapidez y los cohetes de reserva se encendieron con un sordo bramido.
El *Olympus* ganó fuerza y velocidad lanzándose contra un flanco de la formación enemiga.
El capitán vio la luz blanquecina de los lanzarrayos que pasaban a ambos costados de la nave pero sin alcanzarla.
Entonces, él también pulsó el disparador.
Un segundo después vio dos relámpagos inaudibles que brillaron en el espacio cuando una de las naves explotó a consecuencia del impacto atómico.
Jonathan sonrió al comprobar el éxito de su primer disparo y volvió a cargar contra el

mismo flanco.

Maniobraba los mandos con mucha seguridad y extrema habilidad, avanzando en zigzag para evitar los rayos que surgían de todas partes como flechas plateadas que desde el enjambre de naves enemigas surcaban el espacio.

Pero ninguno lograba alcanzarle y Jonathan se felicitó a sí mismo de haber elegido la *Olympus*, una nave pequeña y fácilmente maniobrable.

La *Olympus* era mucho más ágil y maniobrable que las pesadas naves de Ubruck que se movían con la lentitud y la torpeza de animales de carga.

De todas formas, Jonathan sabía que aquella situación no podría sostenerse mucho tiempo más.

Tenía que actuar con rapidez y crear un agujero entre las líneas enemigas por donde poder escapar.

Cincuenta y tres naves contra una era una diferencia demasiado grande como para poder sostener un combate con éxito durante demasiado tiempo.

Moviéndose como una pulga entre pesados elefantes, Jonathan subía, bajaba y se movía de derecha a izquierda para esquivar los rayos y desconcertar al enemigo.

En el momento más inesperado, se lanzó contra el flanco izquierdo y volvió a pulsar el disparador.

Nuevamente el rayo hizo blanco en otra de las naves que se desintegró en el aire.

Inmediatamente retrocedió para ponerse fuera del alcance de los rayos enemigos.

Durante varios segundos estuvo maniobrando en todas direcciones, utilizando la misma técnica basada en la rapidez y la maniobrabilidad de su aparato.

Luego volvió al ataque sobre el mismo flanco.

Pero esta vez se acercó mucho más y haciendo girar la nave en distintas direcciones disparó tres veces.

Una tras de otra, tres de las pesadas naves ubruckia- nas saltaron en pedazos tras el impacto atómico.

esta vez Jonathan no retrocedió.

Durante unas décimas de segundo, las tres naves abatidas habían dejado un hueco en el flanco izquierdo de la formación.

Jonathan enfiló en esa dirección.

Accionó los propulsores a fondo y sólo necesitó una milésima de segundo para pasar como una exhalación por el hueco que se había creado.

Las naves enemigas se giraron bruscamente e iniciaron la persecución.

Jonathan percibió los destellos de los rayos ubruc- kianos que pasaban sobre su nave, sin tocarla.

Lo más difícil estaba hecho.

Había conseguido romper la red tejida por las naves de Ubruck, pero ahora tenía que intentar perderles de vista.

Confiaba en la velocidad de su nave pero en aquel momento las diferencias eran mínimas y los rayos continuaban zumbando peligrosamente por todos los costados.

Tenía que escapar al alcance de los tiros para sentirse definitivamente a salvo.

Estaba a punto de conseguirlo cuando, a su izquierda, divisó una nave enorme y circular que parecía flotar en el espacio.

Jonathan se sobresaltó.

Era la nave más grande que había visto en su vida de piloto.

Tenía todo el aspecto de ser una nave madre, como las de su propio ejército, pero de unas dimensiones mucho mayores.

No había tenido tiempo de reaccionar, cuando de la nave se abrió una escotilla lateral y un poderoso rayo de luz salió de ella envolviendo la *Olympus*.

Accionando rápidamente los mandos, Jonathan intentó escapar pero aquéllos no le obedecían.

Como atraído por una fuerza extraña, la *Olympus* se dirigió a través del campo de luz hacia el interior de la nave madre.

Se depositó suavemente en una plataforma y la escotilla volvió a cerrarse.

CAPITULO VII

Jonathan activó el ojo fotónico y seguido por el resto de la tripulación, descendió de la *Olympus*.

Inmediatamente les rodearon un grupo de pequeños seres con los brazos largos hasta tocar el suelo.

El capitán los reconoció en seguida.

Eran los ubruckianos tal como les había visto en las imágenes de los video-libres.

Pequeños, de un color verdoso y miembros largos.

El resto de su anatomía, salvo las orejas que terminaban en punta, era similar a la de los terrícolas.

A punta de pistola lanzarrayos, los ubruckianos los condujeron por unos pasillos hasta los elevadores que los transportaron hasta la parte superior de la nave.

Allí los llevaron hasta una gran sala cilíndrica con las paredes de cristal a través del cual se divisaba todo el espacio salpicado de estrellas.

En el centro de la sala había un pequeño cubículo de cristal. Ningún otro objeto más. Ni siquiera un confortable asiento neumático.

Los siete terrícolas y el robot-comisario aguardaron en silencio, mirando expectantes en todas direcciones. No habían transcurrido más de cinco minutos y el cubículo de cristal ya no estaba vacío.

Lo ocupaba un ser pequeño y verde. Aún más pequeño y más verde que el resto de los ubruckianos.

Tenía el rostro arrugado y parecía infinitamente viejo en comparación con la piel tensa y brillante de los otros.

Su aparición había sido repentina.

Un momento antes no había nada en el cubículo y un momento después apareció él, sin que nadie hubiese presenciado la aparición.

Jonathan recordó que había oído decir que los ubruckianos dominaban ciertos fenómenos que los científicos terrícolas aún no habían logrado explicar.

El anciano verde habló con voz ronca y cascada:

—He presenciado e1 combate en las pantallas. ¿Quién de ustedes es el piloto?

El capitán dio un paso adelante.

—Yo soy el capitán Jonathan Curtis y era quien conducía la nave. Soy el único responsable.

Al hablar, Jonathan se daba cuenta que lo hacía influenciado por los sentimientos que le habían inculcado la radiación del árbol de acero.

Quería proteger a la doctora Tezila y al profesor Gilles por quienes sentía un gran afecto, sentimiento desconocido para él en épocas anteriores.

El viejo continuó hablando:

—Es usted un terrícola muy hábil. Ha conseguido abatir a cinco de mis naves y ha conseguido escapar pese a la inferioridad numérica.

—Tengo una buena nave. Más rápida y maniobrable. Eso es todo. Pero, supongo que no nos habrá detenido para felicitamos, ¿verdad?

El viejo arrugó aún más su rostro e hizo una mueca que se parecía a una desagradable sonrisa. Luego meneó la cabeza en gesto negativo y dijo:

—Tiene usted mucho sentido del humor, terrícola. Lamento no poder corresponderle después de haber visto caer a cinco de mis naves.

—Ahora somos sus prisioneros. ¿Qué piensa hacer con nosotros?

—Los llevaré a Circus, será nuestro planeta prisión mientras dure la guerra. Pero antes tendréis oportunidad de presenciar algo que los llenará de asombro.

Jonathan señaló a la doctora Tezila y al profesor Gilles que estaban detrás suyo.

—Ellos no forman parte del ejército. No tiene por qué detenerlos.

El viejo volvió a sonreír y su rostro se transformó en una arruga desagradable.

—Mi querido capitán, en esta guerra poco importa que sean civiles o militares. Además, deteniéndolos en Circus les haré un favor. De lo contrario perecerán junto a todos los habitantes de la Galaxia-Imperio.

—¿Cómo puede estar tan seguro de su triunfo?

—Dentro de muy poco lo sabrá. Le dije que iba a presenciar un fenómeno extraordinario. Cuando lo haya visto comprenderá.

El viejo castañeó los dedos y ocho soldados ubruckianos surgieron como de la nada.

—Podéis llevaros a los prisioneros. Dejadlos que descansen. Quiero que esta noche estén muy despiertos y lúcidos para que puedan verlo todo muy bien.

Los ubruckianos empujaron a los terrícolas hacia el exterior de la sala y los condujeron hasta un pasillo en el que había cuatro habitaciones, distribuyéndolos de dos en dos.

El profesor Gilles compartió la de RJ-2, Jonathan la de la doctora Tezila y los cuatro comandos las otras dos.

Cuando Jonathan y la doctora estuvieron dentro de su habitación, la puerta se cerró automáticamente.

Era una habitación hermética como una cápsula de acero. Una especie de prisión espacial de reducidas dimensiones.

Como únicos objetos había un colchón neumático, muy parecidos a los que Jonathan conocía en la Tierra y un video-teléfono para comunicaciones internas dentro de la nave.

Jonathan registró todos los rincones del cubículo en busca de algún punto de escape, pero muy pronto desistió.

Entonces se dejó caer en el colchón neumático y se volvió hacia la doctora que estaba a su lado.

Al hacerlo, volvió a sentir aquel extraño estremecimiento que había experimentado en Beta-Centauro.

El voluptuoso cuerpo de la mujer, al que otrora había sido indiferente, le atraía enormemente.

Sentía enormes deseos de acariciarla, de besarla, de poseerla.

Sin embargo, se reprimía y se avergonzaba como un niño chico.

Era una mezcla de sensaciones, deseos y sentimientos que nunca antes había experimentado, pero que ahora reconocía como si hubiesen estado dormidos en algún rincón de su mente.

Intentando sobreponerse a la vergüenza que le paralizaba la lengua, el capitán dijo:

—Buena la hemos hecho. Ahora no sé cómo vamos a salir de aquí.

La doctora se encogió de hombros.

—Tanto da estar prisionera de los ubruckianos que caer en manos del consejo supremo. Si llegamos a la Tierra nos eliminarán por estar contaminados.

La doctora remarcó esta última palabra con acento provocativo, mientras sus ojos resplandecientes se clavaban con intensidad en el rostro del capitán.

—Es verdad —dijo Jonathan—. Tan malo es nuestro imperio como el de ellos. Sin embargo, prefiero enfrentarme al consejo. Quizá pueda demostrarles que la contaminación no es tan mala. Al revés...

Tezila negó con un movimiento de cabeza.

—Nunca nos entenderían. Ellos no saben lo que son los sentimientos, el amor, los placeres sensoriales. Piensan que la evolución es sólo la técnica, la programación. Desprecian a la civilización preimperial sin saber lo que han dejado atrás.

Jonathan meditó un instante.

—Es probable que sea como tú dices. El Imperio basa su fuerza en la programación de los seres humanos. Sólo nos diferenciamos de los robots en que somos de carne y hueso.

La doctora cogió la mano del capitán y sonrió enseñando su blanca y hermosa dentadura.

Era, quizá, la primera vez que sonreía en toda su vida.

—Nosotros ya no somos así, Jonathan —dijo Tezila con voz susurrante—. Ahora sabemos lo que es el deseo y la pasión que antes despreciábamos.

Jonathan sintió el calor de la mano de Tezila y estirando el brazo lentamente, acarició su cuello.

La mano de Jonathan bajó por el escote de la blusa y palpó los redondos y bien formados senos de la muchacha sintiendo que su cuerpo vibraba de pasión.

Ya no pudo contenerse más.

Atrayéndola hacia sí entreabrió los labios y la besó suavemente, sintiendo el contacto de su lengua sobre la suya.

A medida que la besaba, que la acariciaba iba sintiendo nuevas y agradables sensaciones.

Lentamente le fue quitando la ropa hasta descubrir su hermoso cuerpo desnudo.

El también se desnudó y acostándose sobre ella supo, por primera vez en su vida, lo que

era el amor carnal.

En aquel momento de inimaginable placer, Jonathan Curtis se olvidó de todo.

Incluso de que eran los primeros seres humanos que practicaban la desusada, despreciada y prohibida costumbre del amor carnal desde el mismo momento en que el Imperio borró los últimos vestigios de la pasada y bárbara civilización.

CAPITULO VIII

Jonathan escuchó el ruido de unos pasos en el pasillo y se incorporó bruscamente.

Segundos después, la pesada puerta metálica se abrió de par en par dando paso a un par de ubruckianos.

Sin decir una palabra los dos pequeños seres les encañonaron con sus pistolas lanzarrayos y los empujaron hacia el exterior.

En el pasillo se reunieron con RJ-2, el profesor Gilles y los cuatro comandos y en fila india fueron conducidos nuevamente hacia la habitación circular.

Esta vez, el viejo jefe ubruckiano estaba fuera del cubículo de cristal.

Vestía un extraño traje plateado con los símbolos imperiales de Ubruck y estaba de pie junto a uno de los enormes cristales que conformaban las paredes de la sala.

Al verles entrar el viejo esbozó una de sus acostumbradas sonrisas y les indicó con un gesto que se acercaran.

Los siete terrícolas y el robot le obedecieron, situándose a sus lados.

Entonces el viejo señaló hacia una esfera azulada que parecía flotar en el espacio.

Jonathan lo reconoció en seguida.

Era el planeta Aixol, trigesimoséptimo de la órbita solar de Nerbona, una de las más alejadas del centro de la Galaxia-Imperio.

Había estado en él al menos un par de veces cuando capitaneaba la Séptima Flotilla interespacial del ejército imperial.

Habían sido simples misiones rutinarias o de abastecimiento ya que Aixol era un planeta de quinta categoría dentro del Imperio y el gobierno central apenas si reparaba en él.

Jonathan recordaba aún a sus habitantes, programados por el gobierno central para trabajar dócilmente en las minas de valerio que constituía su única pero importante riqueza.

—¿Reconocéis ese planeta? —preguntó el viejo ubruckiano.

—Sí —respondió apresuradamente el profesor Gilles—. Es Aixol, un planeta de Nerbona.

El viejo asintió.

—Veo que conocéis bien todos vuestros dominios imperiales.

—Los he recorrido durante una buena parte de mis ciento treinta años —dijo el profesor.

—Entonces —rió el viejo—, intente conservarlos en el recuerdo porque muy pronto dejaré de verlos para siempre.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó RJ-2.

El jefe ubruckiano le miró con asco. Luego se volvió hacia el profesor Gilles y dijo:

—No me gusta hablar con vuestras odiosas máquinas pensantes. Dígale que se calle y muy pronto tendrá una respuesta a su pregunta.

Apenas había terminado de hablar cuando en el espacio surgieron centenares de pequeños puntitos oscuros que avanzaban vertiginosamente hacia ellos.

—¡Son nuestras naves! —exclamó RJ-2 con una voz tan aguda como estridente—. Es una flotilla del ejército imperial.

El viejo ubruckiano no se inmutó.

Por el contrario.

Sus ojos adquirieron un extraño brillo.

Un brillo de placer y triunfo que sólo Jonathan fue capaz de interpretar.

—Ahora veréis lo que hago con vuestra flotilla —murmuró el viejo y se situó frente a un gran tablero de mandos.

Antes de que pudiera tocar un solo botón, el comando Dos saltó sobre él como un ágil felino.

Pero no tuvo tiempo siquiera de alcanzarlo.

Uno de los soldados ubruckianos se materializó de la nada a pocos pasos de él y disparó su pistola lanzarrayos.

Una luz amarillenta brotó del cañón de la pistola alcanzando de lleno el cuerpo del comando.

Dos quedó paralizado en el aire y quedó convertido en un montón de cenizas.

El viejo ubruckiano contempló la escena con el rabillo del ojo, sin siquiera volverse.

Su rostro permanecía inmutable, indiferente a lo que había sucedido.
Como único comentario dijo:
—Es una lástima que no haya querido presenciar el espectáculo. Espero que vosotros seáis más inteligentes.
Luego se volvió hacia el tablero de mandos y estudió los datos que registraban los instrumentos: distancia, velocidad, número de cuerpos, etc.
Cuando tuvo toda la información, el viejo pulsó uno de los botones del tablero de mandos y por una de las escotillas laterales surgió una especie de cañón.
Esperó a que las naves del Imperio estuviesen más cerca y entonces pulsó el disparador.
Del cañón surgió un haz de luz amarilla y muy potente que poco a poco fue ampliando su campo hasta abarcar casi un kilómetro de extensión.
Más de medio centenar de naves envueltas por el campo de luz se fundieron, convirtiéndose en una masa lechosa que quedó flotando en el espacio.
El profesor Gilles abrió la boca, asombrado y balbuceó con un hilo de voz:
—¿Qué... qué es eso?
—Muy sencillo, profesor —dijo el viejo con un aire de suficiencia—. Una onda de calor de más de mil millones de grados centígrados. Algo que vosotros, los terrícolas, jamás podréis lograr.
Mientras hablaba, el viejo jefe ubruckiano accionó nuevamente los mandos y el cañón giró 45 grados hacia la izquierda.
Un nuevo disparo y otras tantas naves imperiales se vieron derretidas como helados.
Cuando el resto de las naves imperiales comenzaron a abrir fuego contra la nave madre, el viejo pulsó otro botón y un campo transparente, apenas perceptible a los ojos de los seres humanos, envolvió el aparato.
Los rayos de las naves imperiales se estrellaron contra el campo protector y salieron rebotados, perdiéndose en el espacio o volviéndose contra ellos mismos.
El cañón de calor ultraconcentrado volvió a disparar dos veces más destruyendo lo que quedaba de la flotilla imperial.
Entonces el viejo se volvió hacia ios terrícolas con un aire triunfal.
—Ya pudisteis comprobar la superioridad de mis armas sobre las vuestras. Pero aún no lo habéis visto todo.
El viejo se aproximó a la gran ventana de cristal y contempló el planeta Aixol que estaba ahora mucho más cerca.
—Presenciaréis mi demostración definitiva. Un planeta entero desaparecerá ante vuestros ojos bajo los efectos de mis nuevas armas. De esa forma espero demostrar al Imperio mi superioridad y obtener la rendición incondicional.
Jonathan pensó en los pobres habitantes de Aixol y nuevamente afloraron sus sentimientos.
—¡No puede hacer eso! Va a matar a millones de seres humanos, inocentes e indefensos.
El viejo lo miró con extrañeza.
—¿Desde cuándo un terrícola se compadece de sus semejantes? Tenía entendido que erais los seres más fríos de todas las galaxias.
Jonathan iba a responder pero luego decidió que era mejor guardar silencio.
Miró en todas direcciones intentando evaluar las posibilidades de' lanzarse al ataque para impedir la destrucción del planeta.
Pero se dio cuenta que al menor intento correría la misma suerte que el comando Dos.
El viejo ubruckiano adivinó también sus intenciones.
—Yo que usted me quedaría donde está —dijo. No tiene la menor posibilidad de hacer nada contra mí.
Dicho esto el ubruckiano regresó a los mandos y accionó varios botones hasta que una cincuentena de cañones como los que había visto anteriormente surgieron de otras tantas escotillas.
Luego dijo:
—Contempladlo por última vez. Dentro de unos doce segundos desaparecerá para siempre.
Jonathan cogió la mano de Tezila y sus pupilas se abrieron muy grandes mientras miraba horrorizado hacia el planeta azulado.
Por su mente desfilaban las imágenes de los hombres, las mujeres y los niños que había visto en Aixol unos años atrás.
Sintió que su corazón se encogía como apretado por un puño invisible y una poderosa y hasta el momento desconocida sensación de angustia le oprimía el pecho.
Se volvió hacia la muchacha y contempló que por sus mejillas resbalaban unas lágrimas.

Entonces comprendió que estaba llorando, algo que ningún ser superior de la Nueva Era había hecho jamás.

El capitán la atrajo hacia sí y la apretó contra su pecho mientras aguardaba el momento fatídico en que Aixol iba a dejar de existir como planeta.

Había transcurrido exactamente el tiempo previsto cuando los cañones que asomaban por las escotillas dejaron escapar aquella luz amarillenta.

Los campos de luz se fueron ampliando vertiginosamente hasta abarcarlo todo.

En menos de un segundo envolvieron al planeta azul que poco a poco fue perdiendo su forma y color.

Se iba como encogiendo, como achicando bajo el efecto del impresionante calor.

Los ojos aterrados de los terrícolas contemplaron azorados cómo se iba transformando en una masa acuosa, pegajosa, tumefacta.

Su diámetro se iba achicando, empequeñeciendo a ojos vista, mientras algunos pedazos se iban desprendiendo y quedaban flotando durante un instante dentro del campo de luz hasta desaparecer luego por completo, derretidos por el calor.

Así, poco a poco, Aixol fue desapareciendo como masa sólida hasta que de él no quedó siquiera el menor vestigio.

Entonces el viejo ubruckiano volvió a accionar los mandos del tablero y los cañones desaparecieron nuevamente hacia el interior de la nave, cerrándose posteriormente las escotillas.

—Ha sido un espectáculo único, increíble —dijo el viejo ubruckiano—. Supongo que lo habréis disfrutado.

Jonathan sintió que su cuerpo temblaba de ira.

Era también un sentimiento nuevo y, éste, desagradable.

Sentía unos deseos irreprimibles de arrojarse sobre el ubruckiano y castigarlo por lo que había hecho.

Pero apenas había dado un paso hacia él, sintió un violento golpe en la cabeza y todo comenzó a girar a su alrededor.

Sus rodillas se doblaron y cayó de bruces al suelo al tiempo que se sumergía en el profundo abismo de la inconsciencia.

CAPITULO IX

Cuando Jonathan abrió los ojos estaba encerrado en una de las pequeñas habitaciones-celdas en las que había estado anteriormente con la doctora Tezila.

Le habían aislado de los otros terrícolas cuyo paradero desconocía en aquel momento.

Intentó incorporarse y sintió una fuerte puntada que parecía taladrarle la cabeza.

Le habían golpeado por la espalda con un objeto contundente que le había abierto una brecha en el cuero cabelludo.

Se llevó una mano a la herida y notó una costra de sangre adherida a sus cabellos.

Pensó que de todas formas había tenido más suerte que el comando Dos a quien habían carbonizado con una onda de electricidad.

Aún se preguntaba por qué a él se habían limitado a golpearle en lugar de pulverizarle con sus rayos, cuando vio que la puerta se abría y cuatro ubruckianos se introducían en la celda apuntándole con las pistolas.

Sin decir una palabra como era su costumbre, los ubruckianos lo sacaron a rastras de la celda y lo llevaron nuevamente a la sala de mandos.

El viejo jefe lo esperaba impacientemente en el centro de la sala.

—¡Al fin ha despertado! —exclamó—. Tiene usted un sueño muy pesado.

—Sus hombres golpean muy duro. Aún me pregunto por qué me perdonó la vida.

El viejo sonrió arrugando horriblemente toda la cara.

—Es una inteligente pregunta. Se lo diré en seguida. Pero antes quiero que escuche este mensaje.

El ubruckiano abrió una pequeña cápsula que tenía entre los dedos y desenrolló un diminuto pergamino.

Con voz grave leyó:

> *En el día de hoy, veintiocho de Neicad del diecinueve mil trescientos dieciocho, año ubruckiano, el planeta Aixol ha desaparecido bajo los efectos de nuestra arma secreta.*
> *Si en el plazo de veinte días terrestres el ejército del Imperio-Galaxia no presenta su rendición incondicional a las fuerzas de Ubruck, la Tierra y el resto de los planetas de la Galaxia-Imperio correrán la misma suerte.*
> *Firmado Yakazan, jefe supremo de las fuerzas ubruckianas.*

El viejo levantó la vista y contempló el rostro asombrado del capitán.

—¿Qué le parece? —preguntó.

—No se rendirán. Conozco suficientemente al gran maestre y al resto de los terrícolas.

El viejo meneó la cabeza con desagrado.

—Si no lo hiciesen sería una verdadera lástima. Preferiría conquistar la Galaxia y añadir al imperio de Ubruck antes que destruir todos sus planetas.

—¿De verdad piensa hacerlo?

El viejo hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—No me queda otra solución. Pero ya le he dicho que prefiero no hacerlo para poder ampliar mis dominios.

—¿Sólo por eso? ¿No siente la menor compasión por los billones de seres humanos que morirán si usted destruye los planetas?

—¿Qué pueden importarme a mí los seres humanos? Son como animales, peor aún, como máquinas programadas.

—En eso tiene razón, pero no es una causa suficiente para que los destruya.

—Estamos en guerra. Siempre hemos soñado con deshacemos del Imperio-Galaxia antes de que ellos se deshagan de nosotros. Finalmente hemos conseguido un armamento más poderoso que desequilibra la balanza a nuestro favor. Si no lo utilizamos ahora, muy pronto ellos, o mejor dicho, vosotros, también lo conseguiréis.

—Y entonces volvería a producirse el equilibrio.

—Hasta que uno de los dos descubra un nuevo armamento. No podemos arriesgarnos a que seáis vosotros. ¿Ahora entiende por qué no puedo dejar pasar esta oportunidad?

—Lo entiendo pero lo desapruebo.

El viejo hizo un ademán despectivo con una mano y luego guardó el mensaje en la cápsula. Luego dijo:

—Antes me preguntó por qué no le había matado. Ahora se lo voy a decir. Quiero que lleve este mensaje al gobierno central de la Tierra y les cuente lo que ha visto con sus propios ojos.

—¿Así que me emplea de mediador?

—Llámelo como quiera. Es usted un excelente piloto y sé que cumplirá la misión a la perfección. Después de haberle visto actuar frente a mis naves pensé que era usted el hombre apropiado. Por eso en lugar de destruir su aparato lo atraje con mi campo de atracción magnética.

Jonathan sacudió la cabeza en señal afirmativa.

Ahora, recién ahora, alcanzaba a explicárselo todo.

El ubruckiano era un ser inteligente y lo había planeado todo detalladamente.

Después de meditar un momento Jonathan dijo:

—¿Y si me niego a aceptar?

El viejo lanzó una estridente carcajada y meneó la cabeza.

—Sé que aceptará, capitán. Lo considero a usted lo suficientemente inteligente para saber lo que le conviene.

Jonathan sabía que estaba atrapado, pero de todas formas insistió.

—No veo cómo podrá obligarme.

—No me hace falta obligarlo. Usted irá por su propia voluntad. Si no lo hace la Tierra volará en mil pedazos al igual que el resto de los planetas habitados. Y según me consta, es usted el único terrícola sentimental que he tenido noticia.

—¿Y los otros? ¿Qué pasará con los tripulantes de mi nave?

—Ya se lo he dicho antes. Los recluiré en Circus, nuestro planeta-prisión. Si usted no regresa los ejecutaré de inmediato. Y según creo usted tiene cierto interés en la mujer...

Jonathan se mordió el labio inferior con rabia.

—Le aconsejo que no la toque Yakazan. Si lo hace le mataría, aunque fuese lo último que hiciese en mi vida.

El viejo sonrió y volvió a sacudir la cabeza.

—Es usted un terrícola sentimental. Ya lo decía yo que lo era. Juraría que no es como los demás. Bueno... ¿Qué me dice a mi proposición?

—Creo que no me queda otra alternativa. De todas formas estoy seguro que el Imperio no se rendirá.

—Usted tiene que encargarse de convencerlos. Cuénteles lo que les espera en caso de que se nieguen. Sé que usted podrá convencerlos y conseguir la rendición.

—¿Cuándo partiré?

—Ahora mismo. Están acondicionando su nave con algunos de nuestros adelantos para que pueda defenderse mejor si es necesario.

—¿No teme que use las armas contra ustedes?

—Usted no es tan insensato. Si lo hiciese no sólo le aplastaríamos como a un insecto, sino que también nos ocuparíamos de sus compañeros, especialmente de la mujer.

Jonathan cerró los puños con rabia e impotencia y se encaminó hacia la puerta.

—Puede despedirse de ella si lo desea —dijo el viejo antes de que saliera—. Mis hombres ya. le avisarán cuando su nave esté lista para partir.

* * *

Jonathan acarició los rubios cabellos de la muchacha y volvió a besarla suavemente en los labios.

—No quiero perderte, Jonathan. Ahora que sé lo que es el amor no soportaría volver a estar sola.

El capitán sacudió la cabeza negativamente.

—Volveré a buscarte, Tezila. Yo tampoco quiero separarme de ti.

La doctora lo besó nuevamente y al separarse, Jonathan notó que sus ojos estaban empañados en lágrimas.

—¿Por qué lloras? Ya te he dicho que volveré a buscarte.

—Es inútil, Jonathan. En ningún lugar podremos estar en paz. El árbol de acero nos ha

dado los sentimientos que los seres humanos habíamos perdido, pero no tendremos dónde exteriorizarlos, dónde fecundarlos.

Jonathan recordó lo que le había dicho el profesor Gilles cuando despertaron del sueño. Entonces dijo:

—No temas, Tezila. El árbol nos ha dado lo necesario para fundar una nueva civilización.

—Eso es una utopía. ¿Dónde podríamos hacerlo?

—Una vez que haya cumplido esta misión regresaré a buscarte y nos iremos a Beta-Centauro. Es un planeta deshabitado dónde nadie podrá encontrarnos. Allí fundaremos la nueva civilización que dentro de muchos años se extenderá por todo el universo.

—¡Ojalá sea cierto! Pero dudo que alguna vez volvamos a vernos.

Jonathan iba a decir algo cuando oyó unos pasos que avanzaban por el pasillo.

Entonces la atrajo contra su cuerpo y la besó apasionadamente.

Un momento después la puerta se abrió y aparecieron los guardianes ubruckianos.

Jonathan sabía que había llegado el momento de partir.

Se separó de Tezila lentamente y siguió a los pequeños seres hacia la plataforma de lanzamiento.

CAPITULO X

Hacía sólo cuatro días que había sido lanzado al espacio y ya se estaba acercando a la Tierra.

Había empleado una velocidad increíble y según sus cálculos estaba estableciendo un récord difícil de igualar.

A los nueve propulsores originales de la *Olympus*, los técnicos ubruckianos le habían agregado seis suplementarios de increíble potencia.

Además le habían colocado dos especies de pistolas de rayos caloríferos adosadas al morro de la nave.

A medida que se iba acercando a la capital de la Galaxia, los controles del ejército imperial iban siendo más numerosos.

A través de la radio, Jonathan se iba identificando y los emblemas de la *Olympus* pertenecientes al ejército imperial le iban franqueando los controles sin necesidad de detenerse.

Mientras surcaba el espacio a velocidad vertiginosa, Jonathan, un desfile interminable de naves mercantes que se dirigían a la Tierra con toda clase de mercancías destinadas al consumo de los veinticuatro mil millones de seres humanos que la habitaban.

Las naves-mercantes formaban largas filas frente a los controles policiales y aduaneros que solicitaban su identificación, inspeccionaban la calidad de la mercadería proveniente de los otros planetas del Imperio, perseguían el contrabando y registraban la entrada de todas las personas a través del servicio de los robots- computadoras.

Los pilotos comerciales debían rellenar centenares de cuestionarios, someterse a todo tipo de interrogatorios, permitir el minucioso registro de sus naves, pagar la tasa de impuestos de entrada, para finalmente poder descargar la mercancía en los almacenes imperiales y regresar a alguno de los planetas a buscar una nueva carga.

Jonathan siempre había pensado que esta enmarañada red burocrática iba a terminar por arruinar al Imperio pero sus observaciones eran consideradas como subversivas y su conducta había sido tachada muchas veces de ofensiva por lo cual habría llegado a estar separado del ejército.

Si no le habían desterrado se debía precisamente a su habilidad como piloto y a los servicios prestados al ejército imperial durante el levantamiento de los planetas periféricos.

Después de pasar por el último control sin detenerse y de haber comunicado a través de la radio su inminente llegada, Jonathan puso rumbo a Ulsar.

Al entrar en la atmósfera invirtió bruscamente los propulsores que comenzaron a frenar la velocidad de la nave.

Una vez estabilizado en la velocidad adecuada apagó los motores y planeó hasta posarse suavemente sobre la plataforma de aterrizaje.

Como siempre que llega una nave en misión oficial, los robots-agentes la rodearon y aguardaron el descenso del capitán.

—Ahora no tengo tiempo de someterme a ninguna prueba.

—Debemos proceder a la lectura de su mente, tal como lo ha dispuesto el comisario general.

—No puedo perder ni un segundo. Además el comisario general, RJ-2, está prisionero de los ubruckianos.

Los robots-agentes le miraron sorprendidos.

—¿Prisionero?

—Sí, prisionero. Ahora debo coger un monoplaza y presentarme en el palacio. Tengo un mensaje para el gran maestre.

Dejando a los atónitos robots-agentes en medio de la pista, Jonathan se encaminó a uno de los pequeños monoplazas y se elevó velozmente en dirección al palacete imperial.

Enfundado en su manto imperial de valerio, el gran maestre leyó atentamente el mensaje que le acababa de entregar Jonathan Curtis.

—¡Esto es una burda mentira! —rugió—. Si Yaka- zan piensa que me va a engañar como a un niño está muy equivocado.

Jonathan negó con un movimiento de cabeza.

—No es mentira, gran maestre. Yo mismo he visto como Aixol desaparecía ante mis ojos.
Los ojos del gran maestre relampaguearon de ira.
—¡Miente! Los ubruckianos no pueden haber inventado ninguna arma de ese tipo. Nos habríamos enterado.
—Nuestros servicios secretos Intergalácticos puede que no funcionen como usted cree, gran maestre.
—Insisto en que es falso. Además si Aixol hubiese desaparecido ya nos habríamos enterado.
—Quizá los robots-computadoras del centro de información no hayan prestado atención al planeta Aixol. Si los consulta se lo comprobarán de inmediato.
El gran maestre cogió el video-teléfono y llamó al centro de información.
El recepcionista al ver el rostro del gran maestre en persona a través de la pequeña pantalla quedó muy impresionado.
—¿En qué... en qué puedo servirle..., gran maestre?
—Quiero que en menos de un minuto se me informe de la situación del planeta Aixol.
El gran maestre colgó el video-teléfono y no habían pasado más de treinta segundos cuando le volvieron a llamar.
A través de la pequeña pantalla se veía ahora el rostro preocupado del encargado del centro.
—No podemos contactar con Aixol, gran maestre. Hay... hay como un gran vacío... como si se hubiese evaporado.
—¡No puede ser!
—Ya lo sé, gran maestre. Sé que eso es imposible, pero los robots-computadoras nos ofrecen esas imágenes. Tiene que tratarse de un error, de algún fallo.
—Averigüe qué ha pasado y vuelva a llamar.
Cuando colgó la comunicación el rostro del gran maestre había cambiado de color.
—¿Convencido, gran maestre? —preguntó Jonathan.
—Aún no. Puede tratarse de una estratagema. Algún efecto óptico. Quizá haya podido engañaros a vosotros, pero no me engañarán a mí.
—Los robots-computadoras también testifican lo que acabo de decirle.
—También ellos pueden equivocarse.
—Los robots-computadoras rara vez se equivocan.
—Esta puede ser una de esas raras veces.
Jonathan se daba cuenta que el gran maestre no quería rendirse a la evidencia pero tenía que insistir para, al menos, hacerle ver el peligro.
—En la *Olympus* tengo una pequeña muestra del arma enemiga.
El gran maestre se sobresaltó.
—¿Una prueba? No le entiendo.
—Los ubruckianos instalaron dos pequeñas pistolas que lanzan rayos caloríferos. En el mismo sistema pero en una proporción muy pequeña.
El gran maestre volvió a coger el video-teléfono y ordenó a los técnicos de la base que investigaran las armas de la *Olympus*.
Unos minutos después recibió la temida confirmación.
Se trataba de un arma desconocida capaz de lanzar un rayo de calor ultraconcentrado que destruía cualquier material sólido o líquido.
Recién entonces el gran maestre se rindió a la evidencia.
—Hay que actuar con toda celeridad —dijo Jonathan—. Los ubruckianos dieron un plazo muy breve para responder. De lo contrario atacarán la Tierra.
—No nos rendiremos —dijo el gran maestre con voz grave—. Es preferible que desaparezca el Imperio antes de integrarse al sistema ubruckiano.
—Nada ganaremos con desaparecer. Siempre habrá esperanzas de poder sacudirse luego a su dominio.
El gran maestre movió la cabeza negativamente.
—No. Los ubruckianos se encargarían de que eso no sucediese. Nos transformarían en sus esclavos.
—Esa decisión la tendría que tomar el consejo supremo, gran maestre. De la respuesta depende la vida de todos los planetas de la galaxia.
El gran maestre le miró con los ojos centellantes de rabia.
—No pienso admitir la rendición. El consejo supremo siempre hace lo que yo dispongo.
—De todas formas su deber es citarlo.
El gran maestre meditó un instante y luego llamó al robot-ujier que estaba al otro lado de

la puerta.

—Cite inmediatamente a los doce concejales. Dígales que es una reunión extraordinaria y urgente.

—¿A qué hora, señor?

—He dicho que es urgente. En seguida tienen que estar aquí. Abriré la sesión dentro de cinco minutos.

El robot-ujier salió precipitadamente.

Unos segundos después el gran maestre y Jonathan se dirigieron al transportador aerodinámico que los trasladó a la sala subterránea del consejo.

CAPITULO XI

La reunión del consejo supremo resultó tumultuosa.

Los doce concejales habían llegado a la sala de juntas con la preocupación marcada en el rostro.

Habían sido citados por el robot-ujier por el sistema BHA utilizado únicamente para casos de extrema gravedad.

En silencio habían tomado asiento en sus respectivos lugares y habían escuchado la metálica voz del robot- ujier que con sus palabras rituales daba por iniciada la sesión.

Después de una breve introducción del gran maestre había tomado la palabra el capitán Jonathan Curtis quién había leído el ultimátum del imperio de Ubruck.

En la sala se había elevado un murmullo de asombro y estupefacción, cortado bruscamente por el gran maestre para que Jonathan pudiese seguir con el uso de la palabra.

Con voz grave y pausada, Jonathan relató todo lo que había sucedido desde el momento en que partieran de Beta-Centauro sin hacer la menor referencia a lo que allí había sucedido ni al árbol de acero.

Los concejales escucharon en silencio, impresionados por las revelaciones del capitán.

—Si no llevo la rendición incondicional inmediatamente —terminó diciendo Jonathan—, los ubruckianos iniciarán el ataque con sus nuevas armas.

En la sala volvió a escucharse un murmullo nuevamente interrumpido con severidad por el gran maestre.

—Se trata de tomar una decisión de inmediato —dijo el supremo mandatario del Imperio —. Sólo tenemos dos alternativas. Rendirnos incondicionalmente como piden ellos o atacarlos con todas nuestras fuerzas y morir honrosamente. Yo aconsejo la última alternativa.

Uno de los concejales se puso de pie y señalando al capitán dijo:

—Qué garantías tenemos de que nos está diciendo la verdad. Es probable que su mente se haya visto trastornada por las nefastas influencias de Beta-Centauro.

El gran maestre y los otros concejales miraron atentamente al capitán que permanecía impasible.

—Los robots-computadoras han ratificado mi información —dijo—. Además he traído unas armas que prueban mis palabras.

—Puede ser todo una estrategia urdida por la fuerza oculta de Beta-Centauro —afirmó un concejal perteneciente al sector más radical de la junta—. No podemos fiamos de su palabra hasta que nuestros robots-agentes lo sometan a una lectura.

Jonathan se sobresaltó y poniéndose de pie gritó:

—No tenéis tiempo de hacerlo. Cada minuto, cada segundo que pasa va en contra nuestra.

El radical lo señaló con el dedo de forma acusatoria al tiempo que rugía:

—Tiene miedo de someterse a la prueba. Eso demuestra claramente su culpabilidad.

En ese momento intervino nuevamente el gran maestre.

—Es probable que tenga razón, concejal. Pero ahora el problema de la contaminación, sin dejar de ser grave, no es el más importante. Tengo pruebas de que las palabras del capitán Curtis son ciertas y ya hemos comprobado la autenticidad del mensaje-cápsula que nos ha traído desde la nave madre de los ubruckianos. Ahora lo que tenemos que decidir es la rendición o la lucha.

—Si son ciertas las palabras del capitán —dijo un concejal—. Creo que lo mejor sería rendimos. Nada podemos hacer contra esa arma tan poderosa, capaz de destruir un planeta en menos de diez segundos.

—¡Nunca! —gritó otro concejal—. Nosotros también podemos destruir un planeta con nuestros rayos atómicos aunque demoremos cien veces más que ellos.

—¡Voto por la guerra total! —gritó otro.

—¡Lo mejor es rendimos! —dijo un tercero.

El robot-ujier llamó dos veces al orden para aplacar los ánimos de los concejales y encauzar la sesión que por primera vez en miles de años recorría unos cauces tormentosos.

El gran maestre volvió a hacer uso de la palabra y todos los concejales hicieron silencio.

—Ya os habéis manifestado todos. Ahora es preciso que votemos y se hará lo que diga la

mayoría. Ya sabéis que yo voto por la guerra y que mi voto decide en caso de empate.

Dejando de lado el robot-recontador, los concejales levantaron las manos a la vieja usanza de la época preimperial.

—Seis votos favorables a la rendición —dijo el robot-ujier después de contar las manos que se alzaban.

Eran las de los concejales más moderados partidarios siempre de la concordia galáctica.

—¿Quiénes votan por la guerra? —preguntó el robot-ujier.

Una, dos, tres, cuatro, cinco manos se levantaron al aire.

Todos los ojos se posaron en el decimosegundo concejal que solía vacilar entre los moderados y los radicales y que en los temas graves solía abstenerse.

—¿Y usted, Shabrinah? —preguntó el robot-ujier.

El concejal recorrió los rostros de todos sus colegas y luego posó su mirada en el gran maestre en cuyo rostro se dibujaba una gran ansiedad.

—¿Se abstiene, concejal? —preguntó el gran maestre.

El concejal dudó aún unos instantes y finalmente alzó la mano diciendo:

—Voto por la guerra.

Inmutable, el robot-ujier dijo:

—Seis votos por la rendición y seis votos por la guerra.

Era la primera vez en toda la historia del Imperio que el gran maestre iba a decidir para deshacer la igualada.

Siempre antes su consejo era seguido por la mayoría de los concejales.

Ahora, ante un tema tan delicado, las opiniones se dividían en dos bloques bien diferenciados.

—Ya sabéis mi voto —dijo el gran maestre—. Voto por la guerra. Atacaremos con todas nuestras fuerzas el gran planeta de Vuh, capital del imperio de Ubruck. Simultáneamente desde nuestras bases espaciales dispararemos cohetes y rayos atómicos contra los otros planetas menores.

El capitán Jonathan Curtis se puso de pie y sin que nadie lo advirtiese salió de la sala de juntas.

Mientras los concejales entraban en un acalorado debate sobre cómo debería desarrollarse el ataque, el capitán Curtis subió a la planta superior del palacio dirigiéndose a uno de los aero-parkings situados en las plataformas laterales.

Subió a una mononave y bajo la estúpida mirada del robot-vigilante partió velozmente hacia la base aeronáutica del ejército imperial.

No tenía tiempo que perder si quería llegar a Circus antes de que fuese atacado por los rayos atómicos del ejército imperial.

Sabía que aquélla iba a ser una guerra suicida en la que muy probablemente los dos imperios galácticos terminasen destruidos para siempre.

Si bien la poderosa arma secreta de los ubruckianos podía destruir la Tierra y el resto de los planetas del Imperio, no tenían los ubruckianos ningún medio de impedir que de las plataformas espaciales partiesen los cohetes y ios rayos atómicos hacia su propia galaxia.

CAPITULO XII

Cuando el capitán Jonathan Curtis llegó a la base interespacial, el movimiento era impresionante.

Evidentemente las órdenes del consejo supremo habían llegado rápidamente y las distintas flotillas se elevaban hacia el espacio dispuestas para el ataque.

Jonathan saltó de la mononave y corrió hacia los hangares en medio de la multitud de pilotos que tomaban sus puestos en las distintas naves de guerra.

Cuando llegó junto a la *Olympus* dos robots-mecánicos del servicio de mantenimiento estaban terminando de repasar algunas piezas.

—Apartaos —ordenó Curtis—. Tengo que partir de inmediato.

—Lo siento, capitán —dijo el robot-jefe de mantenimiento—. Tengo órdenes de retener a la *Olympus* en los hangares.

—He dicho que os apartéis. Un robot no debe nunca contravenir las órdenes de un ser humano. Bastaría que lo hicieses una sola vez para que os convirtiesen en un montón de chatarra.

El robot movió negativamente la cabeza haciendo crujir las articulaciones metálicas de su cuello.—En este caso son órdenes del gobierno central —dijo—. El propio gran maestre me ha enviado el mensaje.

Jonathan no dudó un solo instante.

Extrayendo su pistola lanzarrayos apuntó al cuerpo metálico del robot-mecánico.

—Apártate si rio quieres que funda todo tu mecanismo.

El robot no se movió.

Estaba programado para obedecer las órdenes del gobierno central por encima de toda contingencia.

Dio un paso hacia delante e intentó coger el cuello del capitán con sus garfios de metal.

Sin embargo, no lo consiguió.

Jonathan Curtis pulsó el disparador y un potente rayo perforó la cabeza del robot produciendo un gran estrépito.

El otro robot-mecánico intentó intervenir valiéndose de un pesado soldador.

Pero el capitán fue más rápido.

Girándose bruscamente volvió a pulsar el disparador y el robot se desplomó en medio de una gran humareda y un ruido a latas al golpear contra el suelo.

Sin perder un segundo, el capitán saltó dentro de la cabina de la *Olympus* y se dirigió rápidamente a la plataforma de lanzamientos.

Encendió los poderosos cohetes propulsores y la nave se elevó en el espacio convirtiéndose rápidamente en un punto negro y distante hasta hacerse invisible. Circus era un pequeño planeta de la galaxia dominada por el imperio de Ubruck.

Pequeño y prácticamente deshabitado, los ubruckianos lo habían utilizado desde tiempos muy remotos para recluir allí a los delincuentes y piratas espaciales más peligrosos que pululaban por la galáxia sembrando el terror y el desconcierto entre sus semejantes.

En aquel pequeño planeta, sin armas y sin naves con que escapar, los peligrosos delincuentes ubruckianos se veían aislados del resto de la sociedad galáctica.

En esta oportunidad, Yakazan había dispuesto utilizarlo también para recluir en él a los prisioneros del Imperio.

Allí fueron a parar la doctora Tezila, el profesor Gilles y el comando Cuatro.

RJ-2, el comando Uno y el Tres habían sido eliminados antes de llegar, tras un desesperado intento de fuga.

RJ-2 había hecho ejecutar a los dos comandos rebeldes y a RJ-2 lo había hecho desmontar pieza por pieza para que sus científicos estudiasen el mecanismo robó- tico desconocido y odiado por los pequeños seres ubruckianos.

Desde que se inició su reclusión en el pequeño planeta-prisión, la doctora Tezila no dejaba de mirar el negro cielo estrellado esperando el momento de ver aparecer la nave del capitán Jonathan Curtis.

El tiempo en Circus transcurría monótona y lentamente y parecía como si ios minutos, los

segundos, los días no existiesen.

Era un planeta oscuro, carente de sol y sumido permanentemente a las tinieblas sin que existiese ninguna frontera entre el día y la noche.

Esta oscura uniformidad acrecentaba aquella sensación intemporal que dominaba el ánimo de la doctora terrícola.

Pese a la monotonía y el aburrimiento, las condiciones de vida de los prisioneros no eran tan duras como Tezila se había imaginado en un principio. Podían moverse libremente por el planeta ya que no tenían ningún medio para escapar.

La vigilancia de los ubruckianos era estricta pero exterior al planeta.

Tenían dispuestas un enjambre de estaciones espacíate que lo rodeaban, impidiendo que se acercase a él cualquier nave o elemento extraño.

Viendo aquella red de controles y estaciones que flotaban en el espacio, la doctora se preguntaba de qué medios se valdría Jonathan para abrirse paso hacia el planeta.

* * *

Era un viaje largo, agotador.

Jonathan Curtis debía atravesar todo el Imperio-Galaxia para introducirse en el espacio ubruckiano.

Durante varias semanas condujo la nave a la máxima velocidad, utilizando para ello los cohetes de reserva instalados por los propios ubruckianos.

Con una gran serenidad y habilidad maestra, Jonathan llevó la nave desde la proximidad de una estrella hasta la otra dando verdaderos saltos interestelares.

Durante el largo trayecto se valió de todos sus aparatos para detectar y eludir toda formación ya fuera terrícola o ubruckiana.

Sabía que un enfrentamiento con cualquiera de las dos le haría perder un tiempo precioso y quizá la propia vida.

Habían transcurridos casi siete semanas terrícolas cuando Jonathan divisó en el visor panorámico un pequeño punto en el espacio.

Según los datos de su robot-computadora, se trataba de Circus.

El momento crucial de la travesía había llegado y tenía que obrar con toda prisa y lucidez si quería cumplir sus propósitos antes de que los cohetes atómicos cayesen sobre él.

Del bolsillo superior de su traje, Jonathan extrajo una pequeña pastilla de Lenimoal, un poderoso estimulante que solían tomar los pilotos antes de entrar en acción después de un viaje agotador.

La ingirió y de inmediato sintió que su mente se despejaba dándole una lucidez extraordinaria.

A medida que se acercaba a Circus, Jonathan fue descubriendo el impresionante enjambre de estaciones espaciales que lo rodeaban como si se tratase de varios anillos.

Sin embargo, Jonathan no se amilanó.

Con los cohetes propulsores accionados a la máxima potencia, enfiló hacia uno de los espacios que separaba una estación de la otra.

Por el receptor de radio escuchó una voz con nítido acento ubruckiano:

—Está en zona prohibida. Vuélvase y aléjese por donde ha venido.

Evidentemente los ubruckianos aún no se habían percatado que era una nave enemiga.

De lo contrario, pensaba Curtis, habrían disparado sin previa advertencia.

Curtis cogió el micrófono y dijo:

—Habla el capitán Jonathan Curtis, del ejército imperial, Actúo como mediador de Yakazan y tengo un mensaje para él.

—Yakazan no está aquí. Diríjase a Vuh, la capital de Ubruck. Allí podrá encontrarlo.

Jonathan meditó un instante.

Lo único que quería era ganar tiempo, estar lo suficientemente cerca de la estación para poder alcanzarla con sus armas y trasponer la barrera antes de que pudiesen intentar ninguna acción contra él.

—Antes quiero cerciorarme de que los rehenes terrícolas aún están con vida —dijo—. Era el compromiso que tenía con Yakazan.

—Conecte la pantalla-satélite y podrá verlos. Pero le advierto que retroceda antes de entrar en la zona de seguridad.

Jonathan conectó el aparato y en la pantalla aparecieron las siluetas del profesor Gilles y Tezila.

Estaban sentados en el umbral de una gran construcción metálica que serviría seguramente como vivienda.

El capitán conectó su robot-computadora a la pantalla y un segundo después pudo establecer el lugar exacto dónde estaba situada la construcción.

Era todo lo que necesitaba saber.

Desoyendo las nuevas advertencias que le llegaban de la estación, Jonathan se lanzó velozmente hacia el hueco.

Por las ventanillas de la base espacial vio surgir cuatro cañones caloríferos de pequeñas dimensiones.

Entonces corrigió bruscamente la dirección de la nave y escapó del campo de la potente luz amarillenta.

Apenas lo había hecho, disparó sus rayos contra la base de la estación que se sacudió por el impacto.

Aprovechando la sorpresa y la confusión del enemigo, traspuso el campo de seguridad y dejando atrás las plataformas espaciales, enfiló directamente hacia Circus.

CAPITULO XIII

Tezila levantó la cabeza hacia el cielo sorprendida por el estruendo de los impactos.
—¡Es Jonathan! —exclamó volviéndose al profesor Gilles.
El viejo profesor levantó él también la vista hacia el cielo y sus cansados ojos descubrieron el bólido espacial que se acercaba a una velocidad vertiginosa.
—Sí —dijo—. Es él. Nunca pensé que podría trasponer la red de seguridad.
No habían pasado más de unos segundos, cuando la *Olympus* desplegó su poderoso tren de aterrizaje y en medio del ensordecedor rugido de sus propulsores, tocó tierra frente a la enorme edificación metálica.
Tezila y el profesor corrieron hacia la nave en el preciso instante que del edificio salían los primeros guardias ubruckianos.
Sin bajarse de la nave, Jonathan pulsó el disparador de rayos convirtiendo la puerta del edificio en un montón de chatarra humeante.
Los guardias intentaron refugiarse tras la edificación pero ellos también cayeron alcanzados por el potente rayo.
Jonathan hizo descender el elevador y el profesor y la doctora treparon a él siendo transportados inmediatamente hacia el interior.
—¿Dónde están los otros?
—Cuatro han sido recluido en un campo de trabajo. Los otros han muerto —informó Gilles.
—Entonces salgamos de aquí cuanto antes.
El capitán volvió a accionar los mandos y se elevó nuevamente hacia el espacio.
—¿Adónde iremos? —preguntó Tezila.
—Ya te lo he dicho. A Beta-Centauro ha cumplir el encargo del árbol de acero.
—No podremos llegar —dijo Tezila, señalando hacia las naves enemigas que avanzaban hacia ellos.
—No te preocupes. El espacio es infinito. Siempre habrá un hueco por donde pasar.

* * *

Tal como Curtis lo había pronosticado, el bloque fue burlado con éxito.
Ni tan siquiera todas las naves existentes en el imperio de Ubruck, podían montar una guardia efectiva en aquel amplio volumen de espacio por el que se movían.
Con una sola nave, un piloto hábil como Jonathan y una relativa cantidad de suerte, siempre se podía encontrar algún agujero, algún pequeño hueco por donde escapar.
Y Jonathan, haciendo valer toda su pericia supo encontrarlo.
Una vez dejado atrás el cinturón de naves, el capitán Curtis colocó el piloto automático y puso rumbo a Beta-Centauro.
Cuando los nervios se distendieron y tos músculos se relajaron, el profesor Gilles preguntó:
—¿Qué ha sucedido en el consejo supremo? Pudo convencerles.
Jonathan negó con un movimiento de cabeza.
—No. Se embarcaron en una guerra suicida.
—Me lo temía. Será el fin de tos dos imperios.
—Sí. Tienen armas suficientes como para destruirse mutuamente.
Tezila asintió y dijo:
—Será el fin de la Nueva Era.
—... y el inicio de una Nueva Civilización —dijo el profesor Gilles—. Vosotros dos seréis tos encargados de fecundarla tal como lo dispuso el creador del árbol de acero.
La doctora sonrió y volviéndose hacia Jonathan lo besó suavemente en los labios.

* * *

La *Olympus* descendió suavemente sobre la rocosa superficie de Beta-Centauro. Jonathan hizo descender los deslizadores y los tres tripulantes bajaron de la nave.

—Aquí quedará la *Olympus* —dijo Jonathan mirando la nave con tristeza—. No creo que volvamos a necesitarla.

—Ya ha cumplido sobradamente para con nosotros —dijo el profesor—. Gracias a ella aún estamos con vida.

Los tres tripulantes se acomodaron en sus respectivos deslizadores y enfilaron hacia el Cráter Mayor.

Al igual que tres navegantes que regresan a su casa después de una larga travesía, Jonathan, la doctora Tezila y el profesor Gilles, atravesaron velozmente el Desierto Verde y se elevaron sobre la oscura boca del Cráter Mayor.

Después de sumergirse en la negra oscuridad del embudo de piedra, emergieron en medio de aquel espléndido valle lleno de verdor.

Los deslizadores se posaron suavemente sobre la superficie de hierba y los tres hombres se encaminaron lentamente hacia el centro del bosque.

Contemplaron con tristeza el lugar donde había estado antes el árbol de acero y el profesor Gilles dijo:

—RJ-2 ha cumplido la misión que le encomendaron. Pero nunca sabrá que, pese a todo, el árbol de acero había cumplido su cometido.

Después de recorrer en silencio el idílico paraje, el profesor Gilles dijo:

—Es un lugar ideal para pasar los últimos años de vida.

—Sí sonrió Jonathan—. De aquí, de este lugar surgirá la Nueva Civilización.

EPILOGO

La guerra intergaláctica duró apenas cuatro meses.

Tal como Jonathan Curtis y el profesor Gilles habían pronosticado, los dos imperios se destruyeron mutuamente.

Sin embargo Yakazan nunca pudo utilizar su mortífera arma contra la Tierra y sus planetas cercanos.

La poderosa nave madre fue destruida por un cohete atómico lanzado desde la base lunar cuando se disponía a cumplir su cometido.

A pesar de todo, de nada le sirvió al ejército imperial la destrucción de la nave madre.

Las otras armas convencionales bastaron para que el aniquilamiento fuera mutuo.

Los hombres, los seres humanos de la Nueva Era, perecieron igual que los ubruckianos.

Los planetas, en cambio, subsistieron como masas muertas en espera de una nueva vida, de una Nueva Civilización.

Y esa Nueva Civilización se fue gestando en Beta- Centauro, en el amor del capitán Jonathan Curtis y la doctora Tezila, los únicos sobrevivientes de la hecatombe planetaria. Pero ellos solos bastaron para fecundar un hombre nuevo, concebido en la vieja usanza de la época preimperial.

Ellos fueron encargados de cimentar la Nueva Civilización tal como lo había dispuesto la misteriosa mano creadora del árbol de acero.

FIN

EDICIONES CERES, S. A.

Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España 40 ptas. IMPRESO EN ESPAÑA, PRINTED IN SPAIN